

Jade preciosa
La pequeña china
Autor: Anónimo

Jade Preciosa era una hermosa jovencita china. Su pequeña figura reflejaba el color delicado del marfil. Sus ojos oblicuos parecían bayas negras, y sus cabellos lisos, igualmente negros, brillaban, porque habían sido cuidadosamente peinados con aceite. Llevaba vestidos limpios, aunque remendados, como los de los otros cuatro niños que la acompañaban. Ella misma los había lavado y remendado. Su madre estaba muy feliz de poder contar con la ayuda de una hija tan juiciosa.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

La casa encantada.....	3
Los extranjeros	8
Nuevos amigos	13
La historia de Si-Hiang	19
Días sombríos	23
El paso del dios	25
Un descubrimiento en la pagoda.....	29
La huida	32
El regreso de Sinn-Hap	36
Días terribles.....	45
Dios responde	49
Una visita en la noche	54
Encuentros y despedidas.....	56
Charles Studd (1860-1931)	59
Lista de los nombres	61

La casa encantada

Jade Preciosa se volvió hacia Sinn-Tek:

—Hermano mío, ¿a dónde vamos a pasear hoy?

Pero antes de que Sinn-Tek tuviera el tiempo de responderle, Sinn-Chang, un pequeño gordo y hablador, exclamó:

—¡Hermana mía, hermano mío, vamos a la casa encantada!

Jade Preciosa sintió un pequeño escalofrío.

—¡No me gusta la casa encantada!

Jade Preciosa era una hermosa jovencita china. Su pequeña figura reflejaba el color delicado del marfil. Sus ojos oblicuos parecían bayas negras, y sus cabellos lisos, igualmente negros, brillaban, porque habían sido cuidadosamente peinados con aceite. Llevaba vestidos limpios, aunque remendados, como los de los otros cuatro niños que la acompañaban. Ella misma los había lavado y remendado. Su madre estaba muy feliz de poder contar con la ayuda de una hija tan juiciosa.

Jade Preciosa era la tercera de la familia. Uno de sus hermanos mayores se había ido a buscar trabajo en una ciudad lejana, y el segundo había muerto, como muchas otras personas, durante una terrible sequía. Después de ella estaba Sinn-Tek, su hermano preferido. Luego seguían dos hermanos menores, Sinn-Chang y Sinn-Wung, como también una pequeña hermana, Alegre Mañana.

—¡No me gusta la casa encantada!, repitió Jade Preciosa. Pero no se atrevía a negarse a ir, porque Sinn-Chang era un chico. Su opinión contaba mucho más que la suya...

—¡Sí, vamos!, insistió Sinn-Tek.

La chica se estremeció nuevamente:

—Oh, hermano mío... ¡Tengo tanto miedo!

—El dueño no vendrá hoy, exclamó Sinn-Wung. Yo lo vi partir para la ciudad en un rickshaw (pequeño carro tirado por un hombre). Seguramente iba a visitar a su hijo. Todo el día estará lejos. Después de todo él no viene con frecuencia a su casa encantada.

—Además, sugirió Sinn-Chang, con su vocecita picarona, solo puede echarnos, y yo corro mucho más rápido que él. Y para demostrar su valentía, sacó pecho, lo que lo hizo parecer aún más redondo.

Jade Preciosa no respondió. El señor Wong, dueño de la casa encantada, era un viejo avaro y malo; pero no era precisamente él quien la asustaba, sino más bien los espíritus. Porque se decía que la vieja casa en ruinas estaba llena de ellos. La chica estaba bien informada sobre los espíritus. Había miles y miles. No se podían ver ni escuchar, pero existían a pesar de todo. Era necesario tener mucho cuidado para no contrariarlos... Pero lo más terrible era que uno nunca sabía cuándo y cómo los hacía enfurecerse... Y una vez enojados, podían infligir castigos terribles a toda la familia.

Por ejemplo, su madre se había enfermado gravemente; su padre había sufrido un accidente en el cual se había herido la pierna y no había podido trabajar durante mucho tiempo; luego había llegado ese triste día en que su pequeño hermano recién nacido había muerto; y cuando ella misma, Jade Preciosa, tuvo una fuerte fiebre... y también... ¡Oh, tantas desgracias les habían sobrevenido porque uno u otro miembro de la familia había ofendido a un espíritu!

Después de todo, tal vez los espíritus ni siquiera habían sido contrariados. ¿Habrían enviado todas esas desgracias simplemente porque les gusta hacer mal? A menudo Jade Preciosa se había preguntado si verdaderamente servía de algo tratar de ser bueno y portarse bien para hacer que los espíritus les fueran propicios.

¡Pero jamás debía expresar esta terrible idea en voz alta! Incluso el simple hecho de pensar así podía provocar la ira de los espíritus y atraer una desgracia...

Sinn-Tek tomó a Jade Preciosa por el hombro y la abrazó. El pequeño chino devolvía a su hermana todo el afecto que ella le daba. Podía leer en su corazón y adivinar lo que ella estaba pensando.

—Hermana mayor, ¡no temas! ¡No haremos nada malo, y será tan divertido jugar en la casa encantada! Haremos como si fuera nuestra casa. ¡No te preocupes! Cuando regresemos a casa, haremos una oración y quemaremos incienso ante el dios...

Al fin ella consintió. Sinn-Tek era un chico. Él sabía mejor que ella lo que convenía hacer. Ella no era más que una chica, y una chica tenía tan poca importancia en esa época en la China...

Si Jade Preciosa hubiera vivido hoy, habría ido a la escuela. Hubiera aprendido que una mujer tiene tanto valor como un hombre, y que ella podía cumplir funciones importantes además de su rol como esposa y madre. Pero Jade Preciosa pertenecía a la China antigua, una China sumergida en la más grande miseria.

Sin embargo, afortunadamente, ni Jade Preciosa ni su pequeña hermana Alegre Mañana habían sido sometidas a la deformación de sus pies a través de vendajes, como era la costumbre hacer con las niñas de la alta sociedad. Sus padres eran demasiado pobres para preocuparse por las modas. No podían criarlas como jovencitas elegantes. Tampoco tenían los medios para pagar la dote a fin de casarlas. Sin embargo, aún había un futuro posible para estas dos niñas. ¡Podían ser vendidas como esclavas! Una niña vendida así a veces era llevada muy lejos en la inmensa China. Y era poco probable que volviera a ver a su familia.

Por el momento, Jade Preciosa no se preocupaba por el futuro. Sabía que su madre la amaba, y su padre era muy bueno con ella. ¡Sí, verdaderamente era bueno! De vez en cuando le daba un pequeño regalo, algunas perlas de cristal, un hermoso par de zapatos o un puñado de caramelos. Le acariciaba la cabeza llamándola por su nombre... ¡Cuán agradable sonaba su nombre pronunciado por el padre! Ella sabía que el jade es precioso. Es una hermosa piedra verde, de un color delicado, a veces teñida de blanco. Jade Preciosa estaba feliz de que sus honorables padres la hubieran llamado así.

La casa encantada se encontraba un poco a las afueras de la ciudad, en un sitio aislado. Nadie vivía en ella desde hacía mucho tiempo, porque todos sus antiguos inquilinos habían sufrido desgracias. El padre y los tíos de Jade Preciosa hablaban de ello frecuentemente. Además, ni siquiera los pobres obreros pasaban allí la noche. Los únicos seres vivos que parecían sentirse a gusto en ese lugar eran las enormes y horribles ratas y los grandes escorpiones.

La casa estaba rodeada de un patio, como era costumbre prácticamente en todas las casas chinas. Un muro cerraba este patio a cuyo interior se entraba por un portal en ruinas que ya no se sostenía sobre sus bisagras. La puerta de la casa nunca estaba cerrada con llave, de manera que cualquiera podía entrar.

Al interior de la casa había una gran sala de muros blanqueados. En el centro se hallaba la chimenea para hacer el fuego. Era la costumbre en las habitaciones chinas: el fuego se hacía en medio de la habitación. El humo salía por un orificio acondicionado en el techo. Al fondo de la habitación se erigía la cama familiar que consistía en una clase de tarima de ladrillos. Era la única

cama de la casa. Todos los miembros de la familia se acostaban uno al lado de otro y se envolvían en mantas acolchadas que servían a la vez de colchón y de sábana. Era agradable recostarse unos contra otros cuando la habitación había sido calentada por un buen fuego, aunque a veces la atmósfera se hacía sofocante.

Cuando se acercaron a la casa encantada, los tres chicos empezaron a correr para entrar lo más rápido posible. Jade Preciosa y Alegre Mañana no se dieron prisa. Pero los estrepitosos gritos de sus hermanos que se divertían cazando escorpiones los atrajeron al fin. Pronto los cinco niños estaban corriendo en todos los sentidos, inspeccionando cada lugar, persiguiéndose en el patio y en todos los rincones y escondrijos que rodeaban el gran salón. Luego, cuando se cansaron de jugar, tomaron el camino de regreso a su hogar.

Jade Preciosa y Sinn-Tek se sentían atraídos irresistiblemente hacia la casa abandonada. Había que encontrar una excusa para volver allí... Al día siguiente Sinn-Tek dijo a su madre, con la reverencia de un hijo chino respecto a su madre: «Honorable madre, mi hermana Jade Preciosa y yo deseamos ir al templo a honrar a los espíritus de nuestros ancestros y adquirir así bendiciones para nuestra familia. ¡Honorable madre, permítenos ir!».

La honorable madre observó a sus hijos. ¡Son buenos hijos!, pensó ella. Cumplen por sí mismos sus deberes religiosos, mientras que muchos padres deben imponérselos a su prole. Los dioses y los ancestros estarán satisfechos y no dejarán de bendecir la casa. ¡Tenemos tanta necesidad de bendición en esta pobre familia! Los hijos son numerosos y el dinero escaso... La madre concedió el permiso solicitado. Sinn-Tek y Jade Preciosa se fueron... ¡pero en dirección opuesta al templo!

A lo largo del camino, a la orilla del río, se erigía un pequeño templo, una pagoda. El río, que a veces se desbordaba, inundaba los alrededores y llenaba la sala del primer piso. Los dos niños no se detuvieron en ese lugar, porque sabían que a menudo allí sucedían cosas terribles...

Cuando llegaron a la casa encantada, inspeccionaron nuevamente los lugares y se divirtieron un largo rato cazando los escorpiones que tenían su refugio en la gran cama familiar. Ya iban a irse cuando, de repente, el portal del patio rechinó horriblemente sobre la única bisagra que le quedaba. Luego se abrió, y... los dos niños no podían creer lo que veían. Tres personas estaban ahí, un hombre y dos mujeres. Llevaban vestidos chinos y estaban cargados de maletas. Además el rickshaw, estacionado en el camino, estaba lleno de paquetes. ¡Estas personas venían, pues, a vivir en la casa encantada!

Los dos niños se asustaron. Estas personas recién llegadas, ¿se enojarían al descubrir a dos pequeños vagabundos en lo que sería su morada? Jade Preciosa fijó su mirada en el rostro de una de las mujeres y Sinn-Tek miró a la otra. Luego lanzó un grito de terror, se precipitó fuera de la casa, atravesó el patio, saltó el muro y huyó a toda velocidad, loco de miedo, abandonando a su hermana a su suerte. La niña, estupefacta, permaneció inmóvil.

Los extranjeros

Los tres extranjeros usaban trajes chinos, pero ellos no eran chinos.

Jade Preciosa los miraba asombrada y con cierto temor. Ella nunca había pensado, jamás había oído decir que el mundo se extendiera más allá de su patria. Para ella, China era el universo entero. Sus ojos no podían apartarse de la mujer que iba adelante. Era el ser más extraordinario, el más raro que jamás hubiera visto. Sus ojos eran azules. La niña los comparaba con el color del cielo en un hermoso día; sus cabellos tenían un color más extraño aún... eran como un rayo de sol... un rayo de sol ondulante, ligero... ¡cabellos como oro puro...! Y esta mujer era grande, mucho más grande y fuerte que una mujer china...

Luego la mirada de la niña se detuvo sobre el segundo personaje. Este indudablemente era un hombre... Era grande y fuerte, tenía hombros amplios, sus cabellos eran oscuros, pero ni negros ni lacios; sus ojos color castaño la miraban fijamente y le sonreían. Ella no hubiera podido decir por qué, pero esa sonrisa eliminaba todo temor de su corazón. Solo le quedaba una gran curiosidad. Después de echar un vistazo a la tercera persona, otra mujer, miró nuevamente al hombre. Él le habló en chino. Pero aunque la saludó con las palabras habituales, su voz no tenía el timbre de una voz china.

En ese momento el obrero que los había acompañado entró cargado de paquetes. Jade Preciosa aprovechó la oportunidad para huir tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

Cuando llegó a cierta distancia de la casa encantada, vio a Sinn-Tek salir de un matorral. Él le agarró fuertemente el brazo, diciéndole:

—¿Por qué no me seguiste? ¿Te hablaron? ¿Quiénes son? ¿Qué hacen?

Jade Preciosa respondió sin aliento:

—Me quedé un momento para observarlos. Sí, el hombre me habló. Me saludó, pero yo no respondí. No sé quiénes son... pero no creo que sean espíritus.

—Vienen a vivir en la casa encantada, ¡estoy seguro!, dijo Sinn-Tek. ¡Debe ser mala gente!

Jade recordó la sonrisa del hombre y dijo:

—No creo que sean malos.

—¡Oh, sí, lo son ciertamente!, repuso Sinn-Tek.

–No, yo creo que son solamente extraordinarios. Hermano mío, no contemos a nadie lo que hemos visto, y mañana regresaremos a escondidas para espiarlos.

Sinn-Tek no respondió. Su curiosidad se despertaba, pero tenía mucho miedo. Estuvo de acuerdo en que era mejor no hablar de esta aventura a nadie. Los dos niños regresaron a su casa, silenciosos y preocupados.

El honorable padre acababa de llegar. Muy agitado, hablaba al honorable abuelo.

–Sí... sí, decía él, chasqueando sus dedos nerviosamente, ¡sí, yo los vi con mis propios ojos! Son tres. ¡Son los diablos extranjeros! Un hombre y dos mujeres. Están vestidos como chinos. Una de las mujeres es verdaderamente terrible: tiene los ojos pálidos y el cabello claro; ella caminaba atrevidamente al lado del hombre y le hablaba. La otra mujer caminaba al lado de ellos...

–¡Los diablos extranjeros!, gimió el honorable abuelo. ¡Es terrible! ¡Qué horrible desgracia para nuestra pequeña ciudad! Hijo mío, vas a ver lo que sucederá: grandes catástrofes nos sobrevendrán... ¡No, no!

Sinn-Tek y Jade Preciosa intercambiaron una mirada inquietante.

Ese día los tres viajeros, cansados y desanimados, habían ido a la oficina del viejo Sinn-Wong, dueño de la casa encantada.

–Hemos buscado un alojamiento en toda la ciudad, explicaron ellos, pero no hemos encontrado nada. Parece que usted posee una casa desocupada. ¿Podría arrendárnosla? ¡Estamos dispuestos a pagar el alquiler que usted nos exija!

Los pequeños ojos negros y sagaces de Sinn-Wong escrutaron el rostro de su interlocutor. Él era un hombre muy rico y malo. Había adquirido su fortuna vendiendo opio, una terrible droga que muchos chinos fuman o mascan. Ese veneno es vendido muy caro, porque los que se habitúan a consumirlo están dispuestos a pagar cualquier precio para obtenerlo. Fue así como Sinn-Wong hizo su fortuna. Tenía muchas casas, y sabía muy bien que la casa encantada era un lugar horrible. «Pero para los diablos extranjeros eso era suficiente», pensaba él. Y fijó una suma bastante elevada para el alquiler.

–Tomaremos la casa, honorable hermano, dijo el diablo extranjero.

Sinn-Wong lo miró con curiosidad. Para él las palabras «honorable hermano» eran una fórmula de cortesía, y esta cortesía lo asombraba mucho. «¿Quién es, pues, este diablo extranjero?», se preguntaba él.

El joven inglés se llamaba Charles Studd. Muchos años antes, cuando era un alegre estudiante, había escuchado el llamado de Dios. Desde ese día había decidido servirle y darle su joven vida. Hubiera podido hacer una brillante carrera, porque era campeón de críquet en la universidad, pero había preferido renunciar al éxito y a un hermoso porvenir. El corazón del joven Charles Studd se hallaba muy lejos, en China, donde vivían chicas como Jade Preciosa, chicos como Sinn-Tek y hombres depravados como Sinn-Wong.

Su esposa, inglesa también, se consagró al servicio misionero desde muy joven. Se encontraron en China y se casaron. La señorita Burroughs, su amiga, los acompañaba. Fue así como llegaron a esta ciudad inhospitalaria.

Mientras los recién llegados se instalaban en su miserable morada, el pueblo se agitaba, lleno de desconfianza. La expresión «diablos extranjeros» estaba en todas las bocas. Incluso los niños no paraban de hablar del asunto. Solo Jade Preciosa y Sinn-Tek permanecían silenciosos, guardando preciosamente su secreto. Largos días pasaron antes de que pudieran poner su proyecto en ejecución. Se regocijaban de volver a la casa encantada para observar de nuevo a sus extraños ocupantes. Pero, a decir verdad, Sinn-Tek no estaba muy tranquilo.

—¿Qué nos sucederá si nos descubren?, murmuraba al oído de Jade Preciosa cuando se encontraban solos. ¿Escuchaste lo que el honorable abuelo dijo ayer en la tarde al honorable tío? Parece que los diablos extranjeros atraen a los niños para arrancarles los ojos y cortarles los dedos. Hermana mayor... ¡es muy peligroso ir allá!

—¡No nos atraparán!, aseguró Jade Preciosa. Luego, vacilando un poco, agregó: el hombre parece bueno...

—¿Tuviste el coraje de mirarlo?, observó el jovencito.

—¡Fue él quien me miró! Jade Preciosa recordaba perfectamente la sonrisa bondadosa que la había acogido.

—¡Oh, oh!, gimió Sinn-Tek, y examinó a su hermana con ansiedad, temiendo descubrir en ella alguna señal de magia o de mala suerte.

En el fondo, Jade Preciosa también estaba bastante preocupada, pero se esforzaba por sonreír: «él no me hizo ningún mal», recordaba ella. Así, varias veces al día, los dos niños encontraban la ocasión para compartir lo que llenaba su corazón de curiosidad e inquietud. Pero, antes de que se les presentara la oportunidad de regresar a la casa encantada, una banda de jóvenes de la ciudad fue allí. Apostados cerca de la reja, vociferaban injurias y maldiciones a los habitantes de la casa, pidiendo a grandes gritos su salida.

Sin embargo los diablos extranjeros no manifestaban ninguna intención de marcharse.

Un día, por fin, Jade Preciosa encontró la ocasión deseada. La honorable madre se había ido a casa de una amiga y se había llevado a Alegre Mañana. Sus pequeños hermanos jugaban tranquilamente en el patio. Jade Preciosa buscó a Sinn-Tek, quien estaba muy entretenido en la elaboración de una nueva cometa.

—Hermano mío, voy a la casa encantada, ¿vienes conmigo?

¡Pregunta difícil! Sinn-Tek, tan curioso como su hermana, no era muy valiente, aunque fuera un chico. Pero no deseaba, de ninguna manera, que su hermana lo notara. Desafortunadamente ella siempre descubría esa clase de cosas...

—¡Es demasiado peligroso para ti!, argumentó el niño.

Jade Preciosa siempre obedecía a su hermano, al igual que a todos sus parientes masculinos. Sin embargo, en ese preciso momento, estaba muy decidida a obrar a su manera. Le gustaba mucho la compañía de Sinn-Tek, pero no confiaba en su valentía. Además, no debía contar con él como protector. Porque si algún peligro amenazara, ciertamente él se salvaría corriendo.

—Está bien, ¡voy sola!, dijo ella.

Con estas palabras Sinn-Tek se sintió tocado en su honor.

—¡Yo voy contigo!, exclamó él sin más vacilación.

Los dos niños se pusieron en camino. Cuando divisaron la casa encantada, redujeron el paso y se acercaron prudentemente. Para su gran sorpresa, descubrieron una casa muy diferente de la que habían visitado la última vez. El patio estaba barrido, el portal reparado, una cuerda nueva se balanceaba por encima del pozo, y el humo salía por el orificio de la chimenea...

—Hay una segunda puerta por detrás de la casa, susurró Jade Preciosa.

Los dos chicos caminaron a lo largo del muro del patio, Jade Preciosa a la cabeza y Sinn-Tek seguía prudentemente sus pasos.

Era la hora de la siesta. El silencio reinaba, no había nadie en el patio. Animándose completamente, Jade Preciosa atravesó el muro en ruinas por una brecha que había visto anteriormente.

—¡Mira, susurró ella, volviéndose hacia su hermano, la pequeña puerta de atrás está abierta!

—¡Hermana mayor, no vayas! ¡Es muy peligroso!, suplicó Sinn-Tek.

—¡No necesitas venir si tienes miedo!

Y antes de que Sinn-Tek pudiera retenerla, Jade había recorrido los pocos metros que la separaban de la casa. Mientras tanto, sus últimas palabras habían hecho que Sinn-Tek decidiera atravesar el muro a su vez... y se uniera a ella a paso sigiloso. Los dos se acuclillaron sobre el umbral de la puerta y echaron una mirada al interior.

La señora Studd descansaba en la cama de ladrillos, y la señorita Burroughs, sentada en tierra sobre una estera, estudiaba un libro chino. El señor Studd no se encontraba, porque había ido a la ciudad a comprar algunas provisiones.

La señora Studd descubrió en el suelo la sombra de los pequeños visitantes. Levantó los ojos y vio a dos niños turbados, uno de los cuales desapareció tan rápido como sus piernas se lo permitieron. En cuanto a la chica, movida por una curiosidad invencible, se inclinó hacia adelante para ver mejor, y tropezó con el umbral de la puerta.

La señorita Burroughs se lanzó en su ayuda, y del otro extremo de la habitación la dulce voz de la señora Studd la llamó en chino:

—¡Adelante pequeña! ¡Entra en nuestra nueva casa! Nosotros somos tus amigos, ¡no tienes nada que temer con nosotros!

Jade Preciosa entró. Nunca pudo explicar a Sinn-Tek por qué lo hizo, pero lo hizo. Incluso deslizó su pequeña mano en la gran mano de la señorita Burroughs que la conducía hasta la cama. Allí se presentaron... Durante ese tiempo Sinn-Tek, escondido en un matorral y mirando fijamente la puerta de la casa, rogaba a su dios que protegiera a su hermana.

Nuevos amigos

Después de un momento que pareció interminable a Sinn-Tek, Jade Preciosa reapareció. Entonces salió rápidamente de su escondite para reunirse con su hermana, quien llevaba algo en su mano:

–¡Mira, toma una!

El chico echó una mirada ansiosa sobre las golosinas chinas que su hermana le ofrecía. Los dulces lo enloquecían, y sus padres raramente tenían los medios para comprar... Sin embargo, vacilaba...

–La Mem me las dio. (Mem: título dado a las extranjeras.

–¿El diablo extranjero? ¡Hermana mayor, no la comas, eso podría matarte!

Pero la chica pensó que valía la pena tomar el riesgo.

–Las dos Mem comieron. ¡Si tú no quieres, yo me las comeré sola!

Sinn-Tek cambió de opinión y tendió la mano para recibir un dulce.

–¡Tengo cosas extraordinarias que contarte!, dijo Jade Preciosa mientras regresaban lentamente a su casa chupando su caramelo.

–¡Cuéntamelo rápido!

Ella comenzó su relato. Las dos señoras habían hablado en chino, con un fuerte acento extranjero, pero la pequeña china, inteligente y muy despierta, había entendido lo esencial de la conversación.

Esos extranjeros venían de un país lejano, situado más allá de los mares, de Inglaterra. Habían hecho un largo viaje para llegar a China. Fue su Dios quien los llamó a venir a este país. Jade Preciosa contó seguidamente que su Dios tenía un Hijo llamado Jesús, quien también era un Dios. Dios el Padre amaba mucho a los habitantes de la China, pero sabía que ellos habían cometido grandes pecados. La chica explicó a su hermano que siempre es necesario un sacrificio para borrar los pecados. El Dios extranjero del que hablaban las dos señoras decidió entonces dar a su propio Hijo en sacrificio por los pecados del pueblo de la China. Él no les pedía sacrificarse a sí mismos u ofrecerle sus propios hijos en sacrificio. Quería que ellos aprendieran a conocerlo y amarlo...

–¡Amar a un dios!, exclamó Sinn-Tek.

Él pensaba en el pequeño y feo ídolo que su familia adoraba. Uno puede postrarse ante él, temerle, ofrecerle sacrificios, ¡pero amarlo!...

–Todo esto es muy extraño, concluyó Jade Preciosa. Pero, ¿y si es verdad? ¿Será que su Dios es mejor que los nuestros?

–¡Silencio!, dijo Sinn-Tek de repente, ¡ahí viene uno de los diablos!

A algunos metros de ellos, un hombre grande y fuerte caminaba rápidamente de una manera diferente a la de los chinos, que con frecuencia tienen los pies planos. Al verlos, el hombre vaciló un instante. Justo esa tarde unos niños le habían lanzado piedras; una de ellas lo había alcanzado y herido en la mejilla. Luego le habían gritado injurias y groserías.

Jade Preciosa levantó sus ojos hacia el rostro del hombre, y sus miradas se encontraron. La pequeña china saludó cortésmente esbozando una ligera sonrisa. Era la primera vez, desde su llegada a ese pequeño pueblo, que alguien sonreía al extranjero. Un poco más adelante, Sinn-Tek dijo a su hermana:

–Tiene un aspecto extraño, pero no malo.

Al llegar a casa, los dos jovencitos encontraron todo alborotado: su hermano mayor había llegado con su joven esposa.

–Ella vino para que su bebé nazca en la casa del padre de su marido, explicó la honorable madre.

La joven mujer se llamaba Si-Hiang. Era muy frágil y parecía triste. Ya había dado a luz tres bebés varones, los cuales habían muerto pocas horas después de su nacimiento. Si-Hiang y su marido temían que su dios estuviera enojado con ellos. Ahora esperaban su cuarto hijo. El padre había consultado a un adivino muy famoso. Para ello había pagado una gran suma de dinero. El hombre le había dicho que pronto sería padre de un hermoso niño. Después de eso, Si-Hiang era nuevamente bien recibida en la familia de su esposo. Pero esta noticia no había tranquilizado mucho a la joven mamá. Si el adivino se equivocaba... Ella miró con tristeza a Jade Preciosa, quien le devolvió una tímida sonrisa. Si-Hiang pensaba dentro de sí que esta hermosa jovencita pronto estaría en edad de ser casada.

Pero por el momento Jade Preciosa no pensaba absolutamente en el matrimonio. Su mente estaba ocupada en todas las cosas vistas y oídas esa tarde.

Como todas las niñas y niños chinos, ella no sabía nada de religión. Adoraba al «dios» de la familia, quemaba incienso delante de las lápidas sobre las cuales estaban grabados los nombres de sus ancestros. Sin embargo, las Mems habían hablado de un Dios de amor, de un Dios que ama a los hombres, y a quien los hombres pueden amar...

Cuando regresó a su casa, Charles Studd y su esposa hablaron sobre los encuentros ocurridos en la tarde. La corta visita de Jade Preciosa los había animado. Agradecieron a Dios por haber permitido ese encuentro y oraron por ella y por su hermano, ese jovencito tan miedoso al que solo habían alcanzado a ver.

Jade Preciosa y Sinn-Tek no cesaban de hablar entre ellos sobre la casa encantada. La jovencita se preguntaba por qué esos extranjeros habrían venido a su pequeña ciudad. Cuando toda la familia se reunió para la cena de la noche, los hombres hablaron de los misioneros.

—¡Son gente mala!, aseguraba el honorable padre; vinieron para llevarse a nuestros hijos y hacernos mal.

—Sí, afirmaba el honorable tío número Uno, es muy cierto. ¡Ya veremos las desgracias que nos van a sobrevenir!

—Sin embargo no ha sucedido nada, observó el honorable tío número Dos, quien era joven y más tolerante.

—Ah, ¡esperen solamente!, replicó el honorable abuelo. Solo hace algunas semanas que están aquí. ¡Pero si una desgracia nos llega, nosotros los echaremos del pueblo!

—¡Odio a los diablos extranjeros!, agregó el honorable padre con ira.

La honorable madre no musitaba palabra. Delante de los hombres de la familia ella debía callar. Pero su curiosidad se despertaba poco a poco. Si-Hiang también escuchaba en silencio. Ella venía de una provincia apartada, y hubiera podido hablar de los «diablos extranjeros», porque ya los había visto. Pero por el momento era mejor callar...

Una tarde, mientras Charles Studd estaba ocupado en el patio de la casa encantada construyendo un gallinero, vio detrás de la reja dos pequeñas cabezas con cabellos negros y dos pares de ojos que lo vigilaban. Entonces vaciló un momento. ¿Qué debía hacer? ¿Invitarlos a entrar? Tal vez lo acusarían de querer llevárselos o de echarles una maldición. Pero, por otra parte, si podía hacerse amigo de ellos, tal vez sería la puerta abierta para entrar en una casa china... Sonrió a los

dos niños. Jade Preciosa le devolvió tímidamente su sonrisa. Charles Studd dejó su herramienta, avanzó hacia sus visitantes y los saludó amigablemente. A ellos este hombre les parecía muy extraño, a pesar de llevar vestimenta china.

—¿Quieren entrar y ver nuestra casa?, preguntó dirigiéndose a sus pequeños visitantes como a personas grandes.

Jade Preciosa respondió por los dos:

—Le agradecemos, honorable extranjero. Estaríamos contentos de ver su honorable casa.

Una oración de agradecimiento se elevó del corazón del misionero. El buen grano tal vez podría llevar fruto, si lograrse sembrarlo. Entonces invitó a los dos pequeños chinos a entrar en la gran sala donde su mujer preparaba la comida. Estaba cocinando un trozo de cerdo con arroz y tallos tiernos de bambú. «Cocina exactamente como la honorable madre», pensaron los niños con sorpresa.

Así esos diablos extranjeros comían alimentos chinos. ¡Qué raro!

Las dos mujeres y sus jóvenes huéspedes se saludaron ceremoniosamente con las reverencias habituales.

Sinn-Tek miraba a su alrededor con asombro. El salón había sido acondicionado a la manera china. Esteras normales, semejantes a las que se encuentran en las tiendas, cubrían el suelo; un gran cobertor de algodón cubría la cama; sobre un armario estaban puestos los tazones y las cucharas, parecidos a los que ellos usaban todos los días. Solo algunos objetos les parecieron extraños: se trataba de unos libros ubicados en una mesa baja.

—¿Les gustaría ver las otras habitaciones?, preguntó la señora de extraordinarios ojos azules.

Por supuesto que lo deseaban. Los dos rincones contiguos a la sala grande estaban transformados en dormitorios.

—Unos amigos vendrán a vivir con nosotros un día, explicó Charles Studd.

—¿Diablos extranjeros?, inquirió Sinn-Tek. Pero inmediatamente su hermana, avergonzada por esta descortesía, le dio un codazo y se apresuró a corregir.

—¿Mems y Tuans (títulos dados a extranjeros) como ustedes, honorables extranjeros?

—¡Totalmente como nosotros!

Sinn-Tek notó que una cosa faltaba en casa de esos extranjeros: la estatua de su dios. No se veía por ninguna parte.

El misionero se dirigió a su esposa en inglés:

–Pienso que es mejor no invitar todavía a nuestros jóvenes amigos a comer. Sacudiendo la cabeza, ella respondió:

–En efecto, aún es un poco prematuro.

Los niños se asustaron al escuchar ese lenguaje desconocido. De repente tomaron conciencia del lugar dónde estaban. Jade Preciosa se inclinó, y haciendo su más hermosa reverencia, dijo:

–Debemos irnos ahora, honorable extranjero.

Sinn-Tek se inclinó a su vez.

Al despedirse de ellos, Charles Studd los invitó a volver.

–No parecen malos, constató Sinn-Tek en el camino de regreso.

–¡Son buenos! No hay que llamarlos más diablos extranjeros, ¡es una palabra muy fea y descortés! Además, no creo que sean diablos.

–Nuestros honorables padre y abuelo dicen que lo son, repitió Sinn-Tek. Pero él mismo parecía poco convencido.

Su madre los estaba esperando en la puerta y regañó a Jade Preciosa.

–¿Dónde estaban, perezosos? ¡Te necesito, Jade! El honorable tío número Tres está enfermo, Si-Hiang también. ¡Tienes que ayudarme!

Jade Preciosa se apresuró a obedecer. Su tío no le importaba mucho. Ella conocía bien la causa de su enfermedad: había fumado opio. En cambio, se preocupaba por Si-Hiang, quien siempre parecía infeliz y agobiada; pasaba su tiempo rogando ante el ídolo. Incluso lo había adornado con un hermoso collar que su marido le había dado. Por orden de su madre, Jade Preciosa llevó una taza de leche con azúcar a la habitación donde Si-Hiang estaba acostada.

Esta, al ver entrar a la jovencita, se sentó en su cama y preguntó:

–Hermana de mi marido, ¿ha visto a los diablos extranjeros?

Jade Preciosa se sorprendió mucho con esta pregunta.

–¿Qué quiere decir, mujer de mi hermano?

–Solamente eso... ¿los ha visto? ¿Les ha hablado?

Su voz era tan suplicante que la niña puso la taza de leche sobre la mesa y se acercó a la cama.

–¿Alguien puede escucharnos?, murmuró Si-Hiang temerosa.

–No, ¡si hablamos en voz baja!

Para animarla, Jade Preciosa puso su mano en la suya. Entonces la joven mujer le contó su vida.

La historia de Si-Hiang

Si-Hiang tenía una larga historia que contar. Su padre era muy pobre y tenía muchos hijos de los cuales la mayor parte, para su gran satisfacción, eran varones.

Ella apenas tenía siete años de edad cuando su padre decidió que ya era tiempo de que «se ganara su arroz», es decir, que trabajara. Él era empleado en una fábrica de cerámicas. Allí moldeaba teteras, pocillos, toda clase de tazas chinas, tazones y cucharas. En esa industria fácilmente encontraría un trabajo para la pequeña.

Pero Si-Hiang era incapaz de desempeñar bien ese oficio. Sus pequeñas manos eran torpes para moldear, y ella estaba muy frágil, pues la mayor parte del tiempo debía trabajar sin alimentarse. Cuando, debido al hambre, caía desvanecida de su asiento, su padre y sus compañeros decían: «Un mal espíritu la tocó». Muchas veces debió permanecer postrada en la cama familiar. Sin embargo debía trabajar. Su pequeño salario era necesario para subvenir a las necesidades de la familia, y también para constituir una dote en vista de su futuro matrimonio.

Entonces a su padre se le ocurrió otra idea: si la niña no servía para trabajar en la cerámica, por lo menos podría cocinar, lavar los platos y cuidar niños. Decidió «arrendarla» por algún tiempo a una familia que necesitara una pequeña ayuda. Él cobraría una buena suma de dinero, parte de la cual guardaría. Así, cuando ella regresara, podría encontrarle un marido.

La vida para estas pequeñas sirvientas a menudo era muy triste, y a veces trágica. Pero Si-Hiang tuvo una suerte menos desgraciada. Fue llevada muy lejos a una ciudad desconocida. La familia que la «alquiló» era amable. Debía trabajar mucho, pero amaba a los niños que le habían confiado, y su patrona era buena.

Cierto día, cuando paseaba con los niños, se encontró con los «diablos extranjeros». Un grupo de personas se había reunido en la calle, alrededor de uno de esos «diablos». Este hombre estaba vestido como los chinos, era alto, su rostro y sus ojos no se parecían a los de los chinos, sin embargo hablaba su idioma. Contaba una historia a la multitud que escuchaba silenciosa. A Si-Hiang le gustaban mucho las historias y se detuvo para escuchar. El extranjero hablaba de un Hombre que amaba tanto a la gente, que había dejado una morada magnífica para venir a vivir en su mundo. Él había visto que los hombres eran malos, y que era necesario ofrecer un sacrificio por sus pecados. Entonces había decidido ser él mismo ese sacrificio. Había aceptado ser clavado en una cruz, porque la mayoría de esos hombres quería matarlo.

Si-Hiang escuchaba ansiosa. ¡Era una historia maravillosa!

El Hombre murió y fue sepultado. Su cuerpo fue depositado en una cueva en la roca. Sí, estaba bien muerto... pero tres días más tarde salió vivo de esa tumba, y volvió a ese mundo que lo había maltratado.

Si-Hiang comprendió que ese Hombre había hecho esto por el pueblo de China. Sus almas estaban manchadas por el pecado, pero la sangre que fue derramada por ellos los emblanquecía, los purificaba.

Entre la multitud que escuchaba al «diablo extranjero», las reacciones habían sido variadas. Unos se burlaban, otros no creían, algunos le lanzaban piedras, otros además temían la ira de sus dios si se contaba esta historia; por último algunos escuchaban y deseaban saber más sobre el tema.

Si-Hiang permaneció allí el mayor tiempo posible, con los ojos fijos en el «diablo extranjero». Este, de pie sobre una caja, observaba a sus auditores. Vio el pequeño rostro pálido y delgado de Si-Hiang y le sonrió con una sonrisa tan amigable que ella se preguntó si él la conocía. Ella se sintió confusa y feliz a la vez, pero ya era hora de regresar a casa, y salió corriendo. En la tarde le contó su encuentro a su patrona.

—Debe ser uno de los predicadores de Jesús, dijo esta última.

—Sí, sí, ¡ese es el nombre! Él habló del Hombre Jesús, ¡y dijo que vive todavía! Señora, ¿usted ya vio a ese Hombre maravilloso?

La china suspiró.

—No, pero he escuchado hablar de él. Diciendo esto, echó una mirada hacia el rincón de la habitación donde su marido había colocado un pequeño altar con el dios de la familia y las lápidas sobre las cuales estaban grabados los nombres de sus ancestros.

—Cuando yo tenía su edad, había agregado la china, cuidé al hijo de una «Mem» blanca. Ella era cristiana. Amaba a Jesús como si él hubiera sido su Amigo más querido. Sabe usted, Si-Hiang, Jesús es el Hijo del Dios de ellos.

—Ese Dios debe ser bueno y misericordioso para haber dado a su Hijo, subrayó Si-Hiang.

—Sin duda, porque envió a su Hijo a morir por los hombres pecadores y también por las mujeres. ¡Parece que ama tanto a los unos como a los otros!

En ese momento se escuchó la voz del jefe de la casa, y la conversación se detuvo bruscamente. La patrona echó a su pequeña sirvienta una mirada de advertencia, cosa que la niña comprendió. El patrón odiaba a los «diablos extranjeros» y al Dios que ellos predicaban. Por lo tanto no debía saber que en su casa se hablaba de ellos. Sin embargo su mujer nunca olvidó lo que había aprendido. Ella había, por así decirlo, «tocado el borde del manto de Jesús», como lo hizo la mujer en medio de la multitud que apremiaba a Jesús, según leemos en los evangelios. ¡Esto ya era maravilloso!

Si-Hiang tampoco lo olvidó. Pero no sabía que el señor Charles Studd (porque era él mismo quien había evangelizado entonces en aquella lejana ciudad) oraría ardientemente por ella, por esa pequeña desconocida, a quien solo había visto un instante.

Poco tiempo después de ese encuentro, Si-Hiang cayó enferma y no volvió a ver más al misionero. Su patrón, contrariado por tener una sirvienta inútil, la devolvió a sus padres. Su patrona siempre la había protegido, pero ahora era necesario que se fuera.

Sus padres no se enojaron al verla de nuevo, porque un pretendiente se había presentado para casarse con ella. No era rico, pero sí, se contentaba con una pequeña dote. Fue así como Si-Hiang se casó con Sinn-Hap, el hermano mayor de Jade Preciosa.

Sinn-Hap tenía buen corazón y no maltrataba a su joven esposa. Cuando su primer hijo, un niño, murió al momento de nacer, ellos experimentaron una gran tristeza. Si-Hiang, muy turbada, se excusó ante su marido. Él mismo temía que eso fuera un castigo de los dioses. Multiplicó las oraciones, quemaba incienso en los templos y ofrecía sacrificios a los ídolos. Poco tiempo después, Si-Hiang quedó embarazada nuevamente. Sinn-Hap creyó que los dioses los habían escuchado, porque dos varoncitos gemelos vinieron al mundo. Sin embargo uno de ellos solo respiró algunos minutos, y el otro, después de haber reposado dulcemente en los brazos de su madre todo un día, se fue a unirse a sus pequeños hermanos. ¡Qué desgracia para los jóvenes padres! Toda la familia echó la culpa a Si-Hiang. Sus padres se volvieron malos con ella. Decían que estaba hechizada, que los dioses la detestaban, y solo había una cosa que hacer: golpearla, golpearla y golpearla... Si-Hiang, desesperada, se acordaba del «diablo extranjero» en la ciudad lejana. Él había hablado de un Dios de amor que ama a los hombres y a las mujeres de la misma manera. Mirando con miedo el terrible ídolo erigido en un rincón de su habitación, pensaba en el Hombre Jesús que había dado su vida para salvar a los pecadores.

Cuando por tercera vez la joven mujer esperaba un hijo, se sintió feliz y aterrorizada a la vez. ¿Qué le harían si este bebé también moría? Sinn-Hap no quería a su suegra; sospechaba que ella era la responsable de todas sus desgracias. Entonces decidió regresar con su esposa a la casa de su propia familia. Si-Hiang quería a su suegra y se alegró de conocer a Jade Preciosa.

El afecto de la niña le devolvió la confianza; fue así como, muy feliz de tener una nueva amiga, le contó su historia.

Días sombríos

Días sombríos vendrían para los habitantes de la casa encantada. Sin embargo, en sus corazones todo era luz.

Los hombres mayores del pueblo habían predicho que esos «diablos» extranjeros traerían desgracias. En apariencia, eso fue lo que sucedió. Hubo un brote de epidemia que dejó numerosas víctimas entre los niños. Las madres, desesperadas, rogaban a sus ídolos para que echasen a los extranjeros fuera de sus contornos.

Una casa grande fue incendiada, pero no se supo cómo se había iniciado el fuego. Dos vagabundos habían encendido algunos trozos de madera en un hangar para cocinar su comida. Sabían que ellos eran los culpables, pero no lo dijeron a nadie. Entonces los hombres del pueblo acusaron a los inquilinos de la casa encantada.

Al anoecer, algunos del pueblo se reunían silenciosamente alrededor de la casa en ruinas. Allí escuchaban los sonidos extraños que salían de la casa. Los misioneros estaban cantando en chino, pero no de la misma manera que en China. Las palabras también eran raras: se trataba de un Cordero y de su sangre que purifica...

«Preparan hechizos», murmuró un día alguien en la oscuridad. «O evocan a sus espíritus», susurró otro. «¡Van a matar a otro niño!», agregó un tercero. «¡El próximo bebé que nazca no será sino una miserable niña!», gritó un hombre con ira. Pero los misioneros continuaron valientemente su trabajo.

Cerca de su humilde morada se hallaba un terreno sobre el cual todavía existían los cimientos de una casa destruida. En ese lugar Charles Studd empezó a construir un gran salón. Algunos miserables peones que nadie empleaba vinieron a ayudarlo, y poco a poco los muros se levantaron, provocando la curiosidad de la población. «¿Para qué serviría esta construcción? ¿Irían a vivir allí los diablos extranjeros? ¡Seguramente son muy ricos!», pensaba la gente.

Los jóvenes misioneros hicieron algunas amistades. El zapatero venía de tiempo en tiempo a repararles sus zapatos. Se sentaba sobre los peldaños de la escalinata y, mientras trabajaba, charlaba con Charles Studd. ¡Luego repetía a todo el mundo lo que había escuchado! Otro pequeño visitante se aventuraba cada vez con más frecuencia alrededor del nuevo edificio en construcción. Se mantenía prudentemente a distancia, por temor a ser azotado si su padre descubría el objetivo de sus paseos. Se trataba de Sinn-Tek.

Entre ellos también se hallaba una anciana, era la vendedora de esteras. Muy feliz de sentarse un momento para beber una taza de té, escuchaba lo que la «Mem» le contaba. Apreciaba mucho la historia del Salvador que había venido a morir por los hombres a quienes tanto amaba. Además, otras personas también hacían cortas visitas a los misioneros. ¡Qué gozo para Charles Studd! Todas estas personas representaban para él las «promesas de la mies».

Jade Preciosa estaba demasiado ocupada en la casa para poder acompañar a su hermano. Si-Hiang se había convertido en su mejor amiga. Su secreto las había acercado mucho. Cuando estaban solas, hablaban de los habitantes de la casa encantada a quienes ellas llamaban «los predicadores de Jesús».

–Es su verdadero nombre, afirmaba Si-Hiang.

Ella necesitaba mucho la amistad de Jade Preciosa, porque atravesaba días difíciles. ¿Si su bebé fuera un varón y muriera? Espantada, temblaba con solo pensar en los malos tratos que recibiría. Sin embargo, no oraba más ante el dios familiar.

–¿Para qué sirve eso?, decía a Jade Preciosa. ¡Ese dios, a pesar de mis súplicas y mis ofrendas, me dio tres hijos que están muertos!

Un pensamiento atravesó la mente de Jade Preciosa. Pensamiento temible, sorprendente, el cual ni siquiera se atrevía a compartir con su cuñada: ¿Por qué no orar al Dios de los predicadores de Jesús? Ese Dios que había enviado a su Hijo a morir por los pecadores tal vez podría ayudarles. Pero ella todavía no se atrevía a hablar de ello a su compañera.

El odio del pueblo contra los misioneros crecía cada día. Como era una época de gran sequía, el pueblo los acusaba:

–Yo dije que esos diablos extranjeros solo nos traerían desgracias, afirmó el honorable padre una tarde, durante la comida. Ya ven, el río está casi seco. ¡No llueve desde hace mucho tiempo! ¿Cómo podrá crecer el arroz? ¿Cómo hallaremos comida?

Nadie pudo responder a esto. De repente Sinn-Tek tuvo el coraje de levantar la nariz de su plato y preguntó:

–Honorable padre, ¿los diablos extranjeros son tan poderosos?

–Hijo mío, ¡el mal siempre es poderoso! ¡Es el poder más grande que existe!

El paso del dios

Ahora los misioneros tenían además otro amigo: el profesor. Era un anciano muy instruido. En la ciudad lo llamaban «el hombre de letras». Cada uno respetaba su sensatez y su saber. Charles Studd hubiera querido verlo con más frecuencia. Pero el anciano debía ser prudente. ¿Quién sabe qué podría suceder si un día toda la multitud se levantaba contra ellos?

Una hermosa mañana, recorriendo las calles, el profesor vio grandes afiches fijados en las paredes de la ciudad. El texto lo llenó de angustia por sus amigos.

Desde hacía mucho tiempo no llovía y la sequía era grande. Si no lloviese pronto, la situación sería catastrófica. Las cosechas estaban gravemente amenazadas.

«Es culpa de los diablos extranjeros. Ellos han acarreado esta desgracia sobre nosotros». Esta era la opinión de los hombres de la ciudad, por lo que decidieron hacer algo para alejar la plaga.

En una localidad lejana, a cinco días de camino, se encontraba un ídolo famoso al cual atribuían un poder extraordinario. Tenía un aspecto horrible, lo cual impresionaba a sus adoradores. Les inspiraba terror. Incluso la sonrisa esculpida en su rostro reflejaba algo siniestro y cruel. Se le atribuía la capacidad de traer la lluvia y aniquilar el poder de los extranjeros. Algunos hombres decidieron ir al templo donde el ídolo estaba guardado y traerlo a su distrito. Luego lo ubicarían de tal manera que el sol cayera con fuerza sobre su cabeza el mayor tiempo posible durante todo el día. ¡Esto, sin ninguna duda, traería el resultado deseado!

Los afiches fijados en las paredes de la ciudad decían en grandes letras: «¡Aviso oficial!». Se ordenaba a cada ciudadano que cerrase las rejas de los patios al paso del dios y quemase incienso delante de las puertas.

Charles Studd había leído uno de esos afiches. Cuando la vieja mendiga, temblorosa y angustiada, vino a advertirles sobre el peligro que los amenazaba, él comprendió la astucia de los malvados hombres de la ciudad. Él cerraría su reja, por supuesto, ¡pero ningún incienso ardería delante de su puerta! Incluso si esto debía servir de pretexto a la población para atacar su casa, para saquearla y hacerles mal.

Ese día Sinn-Tek regresó a su casa corriendo a toda velocidad. Casi sin aliento, contó lo que acababa de escuchar.

Si-Hiang se estremeció de terror. Desde hacía algún tiempo pensaba continuamente en los misioneros. Tal vez ellos podrían ayudarla, si el bebé que pronto nacería muriese como sus hermanos... O si fuese una niña... ¡Eso sería casi peor! Probablemente la echarían de la casa después de tantos fracasos reiterados. Entonces debería errar a la ventura, morir de hambre o ser devorada por los lobos que rondaban en la noche. La vida no había sido nada fácil para la joven mamá; sin embargo esas perspectivas espantosas la aterrorizaban. En su angustia había pensado que si lo peor le sucedía, si la echaban de la casa, tal vez... esos «predicadores de Jesús» tuvieran misericordia de ella y la recibieran en su casa. Ellos le hablarían de ese Dios de amor. Un Dios que había dado a su Hijo por personas que no se preocupaban por él debía ser bueno. Y los que lo adoraban también debían ser buenos.

Ella habló con Jade Preciosa sobre las noticias traídas por Sinn-Tek. La chica sabía que la llegada del ídolo formaba parte de un complot para matar a los misioneros, o por lo menos para expulsarlos de la ciudad. De repente, como un rayo, un pensamiento atravesó la mente de Si-Hiang.

—¡Su Dios los protegerá!, exclamó ella.

—¡Pero ellos no tienen la imagen de su dios!, dijo Jade Preciosa. ¿Cómo puede uno adorar u orar a un Dios que no ve?

—Ellos no tienen estatuas, explicó Si-Hiang. Mi patrona también me lo dijo. Ella lo sabía bien, pues vivió en la casa de un extranjero. Su Dios siempre está cerca de ellos, aunque no lo vean. Mi patrona también me decía que como una gallina reúne a sus pollitos bajo sus alas para protegerlos, así el Dios de Jesús protege a los suyos hasta que el peligro haya pasado.

—¡Oh, mujer de mi hermano!, dijo Jade Preciosa emocionada con esta imagen. ¡Cuán maravilloso deber ser estar protegido así?

Charles Studd pasó parte de la noche orando ardientemente por el pueblo de China. Él no sospechaba que, en esa ciudad que le deseaba tanto mal, una pequeña china angustiada oraba al mismo tiempo por él.

—Señor, Dios de los predicadores de Jesús, murmuraba Si-Hiang, ¡protege a los misioneros!

Al día siguiente la procesión entró en la ciudad. Los patios de todas las casas estaban cerrados, y delante de las puertas el incienso ardía en los incensarios. A medida que el cortejo avanzaba por las calles, una multitud cada vez más numerosa se le unía. Pronto salió de la ciudad para dirigirse a la casa encantada.

Los misioneros escuchaban, como un murmullo lejano, los clamores y el son discordante de los instrumentos de música chinos. Minuto a minuto el ruido aumentaba al punto de convertirse en un alboroto ensordecedor. Charles Studd vio por la ventana una parte del populacho precipitarse hacia el pequeño local casi terminado y encarnizarse contra él lanzándole piedras. El cortejo se acercaba cada vez más a la casa. De repente una lluvia de piedras, ladrillos y vidrios cayó en el patio. El ídolo, repugnante y espantoso, continuaba su recorrido, llevado sobre los hombros de algunos hombres.

Charles y su esposa podían esperar cualquier cosa de esta multitud desenfrenada. Eran conscientes del peligro, pero también sabían que no estaban solos. Aquel en quien confiaban, aunque invisible, velaba sobre ellos. De repente los gritos cesaron y la multitud se calmó.

¿Qué había sucedido? Los ocupantes de la casa encantada se atrevieron a echar una mirada por la ventana. El profesor había seguido de lejos la procesión. Y mientras caminaba, reflexionaba:

¿Por qué un hombre instruido como el misionero había venido a ese rincón perdido de la China? Sin duda hubiera podido adquirir fortuna y una posición importante en su país. Si por lo menos hubiera ido a una ciudad importante de la China, tal vez allí hubiera podido tener amigos, aliados. ¡Pero aquí! ¡La gente es tan pobre e ignorante!

El viejo chino era un hombre bueno y justo, sin embargo no podía comprender que, para un cristiano, cada alma, sea rica o pobre, humilde o instruida, tiene el mismo valor. Así, para este anciano, la presencia de los misioneros era un misterio, y estaba decidido a hacer todo lo posible para salvarlos. Tomó valor y decidió hablar a sus compatriotas. Cuando éstos lo vieron llegar, se apartaron respetuosamente y dejaron de gritar, porque cada uno en la ciudad respetaba al viejo y lo escuchaba gustoso.

—¿Qué hacen aquí?, preguntó a los líderes de la banda.

Como éstos tardaron en darle una respuesta clara, él continuó:

—No pierdan su tiempo en este lugar. El día avanza y las horas pasan. Si no se apresuran, el sol no alcanzará a iluminar la cabeza del dios. ¡Llévenlo hacia un lugar más soleado! Pueden volver a pasar por aquí de regreso.

Al oír estas palabras, la muchedumbre se puso en marcha y se alejó en dirección al sol.

Otro asunto preocupaba ahora a los organizadores del cortejo: era necesario conseguir el dinero para pagar la visita del dios prestado, porque el desplazamiento de un ídolo era costoso. De regreso siguieron otro camino que pasaba por un barrio de gente rica. La noche siguiente, escenas de robo y vandalismo tuvieron lugar en varias casas de la ciudad.

Pero a los alrededores de la casa encantada todo estaba en calma, y al cabo de algunos días el orden fue restablecido. Charles Studd reparó los daños hechos en su pequeño local de reuniones y continuó su obra hablando del Salvador a los que deseaban oírlo, día tras día. Los chinos raramente resisten al placer de escuchar una historia. Para los que solo habían conocido la miseria, la maravillosa historia de Jesús era un mensaje de esperanza y felicidad.

Jade Preciosa y Sinn-Tek se escapaban frecuentemente para unirse a los auditores. Apenas regresaban a su casa, contaban a Si-Hiang lo que acababan de escuchar.

–En su templo, decía Sinn-Tek, se ponen de rodillas y el Tuan habla a alguien que no se ve...

«Él habla a su Dios, pensaba Si-Hiang, ellos no lo ven, pero él está ahí».

El ídolo viajero no volvió a hacer su aparición. Pero esta jornada atrajo más que nunca la atención de la población sobre los misioneros. Poco a poco, sentimientos opuestos dividieron a los ciudadanos. La mayoría de ellos permanecía hostil y atribuía a los misioneros todas las desgracias que les sobrevenían. Siempre había muchos accidentes y enfermedades, causadas generalmente por la ignorancia, la superstición y la suciedad.

Pero una pequeña minoría era atraída cada vez más por los misioneros. El profesor formaba parte de ella. Se daba cuenta de sus buenas intenciones. Cuando hablaba de ellos a sus amigos, daba testimonio: «No pueden ser diablos... cuando los golpean, no devuelven los golpes; cuando los colman de injurias, responden con una sonrisa o con una palabra amable».

Los más pobres de la ciudad también constituían esta minoría. Reconocían que los «diablos» eran buenos. Veían que eran pobres, sin embargo siempre estaban prestos a ayudar, a compartir su comida y a cuidar a los enfermos. Incluso los miserables leprosos, a quienes se expulsaba a punta de piedra, eran recibidos por ellos. Aceptaban que verdaderamente el Dios de esa gente debía ser muy poderoso. Los protegía, eso era evidente. No se veía, pero velaba sobre ellos.

Así, poco a poco, las promesas de la cosecha comenzaban a germinar. De ese suelo seco ya salían pequeños brotes que regocijaban el corazón de los misioneros.

Un descubrimiento en la pagoda

Días más tarde el llanto de un recién nacido se escuchó en la habitación de Si-Hiang. Ella acababa de dar a luz una niña. Pero cuando las parteras la vieron, dieron un grito de espanto. Sobre un ojo y la mejilla de la niña se extendía una mancha roja, marca de nacimiento que no se borraría jamás. Para los chinos supersticiosos, era una terrible señal de desgracia. Entonces la envolvieron con trapos, la pusieron en un rincón de la habitación y huyeron, dejando a la mamá sola en su cama.

Si-Hiang no comprendía lo que estaba pasando. Llamó débilmente a Jade Preciosa quien esperaba cerca de la puerta.

—Mi hijo, ¡dame a mi hijo!

Las lágrimas rodaban por el rostro de la jovencita. Ella recogió el pequeño paquete y lo puso en los brazos de su cuñada.

—¡Si-Hiang, murmuró Jade con voz temblorosa, es una niña y ha sido marcada por un mal espíritu!

Si-Hiang estrechó a su bebé contra su corazón, y durante algunas horas estuvo feliz teniéndola en sus brazos. Luego se durmió, vencida por la angustia y la debilidad, porque nadie le daba comida.

Al día siguiente, cuando despertó, Jade Preciosa, que estaba de pie al lado de su cama, le extendió una taza de té humeante mirándola con compasión.

—¡Mi hija!, ¿dónde está mi hija?, preguntó Si-Hiang. ¡Estaba conmigo cuando me quedé dormida!

—Se la llevaron... explicó Jade Preciosa.

—¿A dónde? ¿Dime a dónde? ¿Al río?

—No, ¡al río no!

—¿A dónde, entonces? ¡Dímelo ya!

Jade Preciosa murmuró: —¡A la pagoda!

Entonces Si-Hiang, desesperada, cayó hacia atrás y cerró los ojos.

Esa misma tarde Charles Studd había ido a hacer una visita en la ciudad y volvía a su casa bajo un hermoso claro de luna. Su camino bordeaba el río, a cuya orilla se levantaba la pagoda sagrada. La alta torre de siete pisos se recortaba en el cielo oscuro. Charles Studd se detuvo un instante para admirar ese espectáculo. Cada piso estaba recubierto de un techo cuyos cuatro ángulos se levantaban en una curva graciosa. Las campanillas suspendidas en las cuatro esquinas sonaban suavemente con la brisa de la noche; la luna iluminaba las maravillosas esculturas que decoraban los muros exteriores.

«¡Qué belleza!, pensó el misionero. ¡Cuán exquisita es esta música! Sin embargo, este pobre país solo conoce el miedo y la superstición». De repente, cuando iba a continuar su camino, escuchó un frágil ruido, como un gemido, proveniente de la planta baja del pequeño templo. Se inclinó para entrar. Estaba oscuro, y el olor era nauseabundo. Avanzó con precaución, no viendo claramente por dónde andaba. Su pie tropezó con un obstáculo. Se agachó y descubrió, a la luz de un rayo de luna, el cuerpo desnudo de una niña recién nacida. La tomó tiernamente en sus brazos y salió de la pagoda. Al observarla, notó que una mancha roja marcaba su rostro. En ese momento un largo aullido se hizo oír. Charles Studd vio un lobo huyendo hacia el río, y se estremeció, estrechando un poco más fuerte a la pequeña expósita.

El corazón de Charles Studd se llenó de piedad y horror a la vez. Enseguida comprendió lo que había sucedido: ¡la pobre niña había sido abandonada allí para que una bestia salvaje la devorara! El cuarto bajo de la pagoda tenía libre entrada y estaba destinado a esa lúgubre función. ¡Y era utilizado muy a menudo!

Envolviendo la bebé en su abrigo, Charles Studd corrió hasta su casa, a donde llegó sin aliento.

—¡Scilla!, llamó a su mujer, ¡Dios nos envió un regalo... una pequeña china!

Durante ese tiempo la joven madre esperaba con angustia la llegada de su marido, quien decidiría su suerte. ¡Qué gozo hubiera sentido si hubiese visto el recibimiento que le daban a su pequeña! Esta fue bañada, alimentada, vestida y tiernamente acostada en la cuna que la señora Studd había preparado para el bebé que ellos mismos estaban esperando.

—Sobra decir que nos quedaremos con ella, aseguró Scilla cuando su marido le entregó la niña en sus brazos.

—Naturalmente, afirmó él.

Si-Hiang se sentía muy débil y enferma. Día tras día permanecía acostada en su cama esperando a su esposo. Su suegra no había ido a visitarla en su habitación. En el fondo, la honorable madre era más dulce que la propia madre de Si-Hiang. Sin embargo pensaba que una nuera cuyos tres niños no habían sobrevivido, y cuya hija estaba marcada por los malos espíritus, merecía un justo castigo. Ella misma había llevado la bebé a la pagoda, escondiéndola para que nadie viera la maldición sobre su pequeño rostro... «Sin duda era culpa de los diablos extranjeros», pensaba ella. Pero tampoco se le ocurría compadecerse de su nuera. Pronto Sinn-Hap estaría de regreso. Entonces decidirían qué hacer con su miserable esposa.

Jade Preciosa lograba sacar diariamente, a escondidas de sus padres, una taza de arroz para llevarle a su cuñada.

—Si-Hiang, le anunció un día, mi hermano mayor volverá pronto.

Si-Hiang no respondió. Su corazón latía violentamente. Ni siquiera se atrevía a pensar en lo que le pudiera suceder...

La huida

El silencio reinaba en la casa; las mujeres y los niños estaban dormidos. Como era costumbre, los hombres pasaban la noche fuera de la casa, en los salones de juego. El tío número Tres había ido a la cigarrería de opio donde fumaba una pipa tras otra, hasta caer desmayado e inconsciente.

Si-Hiang se sentó al borde de su cama. Estaba débil y enferma, ¡pero debía huir! Se levantó y atravesó la habitación tambaleándose. Como no escuchó ningún ruido, avanzó y llegó hasta la puerta de entrada. Una noche apacible y llena de estrellas la recibió. Pero la joven había permanecido tanto tiempo encerrada en su habitación, que la primera exhalación de aire puro casi la hace desvanecerse. Se mantuvo un momento en el umbral de la puerta, luego atravesó el patio y salió a la calle.

Había tomado una seria decisión: iría a la casa encantada para ponerse bajo la protección de los «predicadores de Jesús». Se puso, pues, en camino, con la esperanza de ser recibida. El camino pasaba cerca de la pagoda, tan bella exteriormente, sin embargo tan espantosa. Se estremeció y volteó la cabeza, pensando en su pequeña hija a quien creía muerta.

Cuando llegó frente a la casa encantada, encontró la reja del patio abierta. Nadie respondió cuando ella tocó la puerta. Entonces tuvo un horrible presentimiento: «¿Se habrían ido los misioneros?». Después de tocar varias veces, terminó por abrir la puerta y descubrió con estupor que la sala estaba vacía. El colchón y las esteras que Jade Preciosa le había descrito habían desaparecido. ¡Era lo que había pensado: los misioneros se habían ido! Desalentada, Si-Hiang se dejó caer al piso. ¡Los echaron!, exclamó sollozando. ¿Acaso los dioses de la China son más poderosos que su Jesús? Terriblemente decepcionada, terminó durmiéndose de cansancio.

Cuando se despertó tuvo cierta dificultad para recordar lo que había sucedido. Pero poco a poco se dio cuenta de todo el horror de su situación. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Le parecía que toda esperanza se había desvanecido. ¡Debía esconderse... pero era necesario encontrar algo de comer!

Entonces decidió ir al otro extremo de la ciudad para buscar trabajo. ¡Allá nadie me reconocerá!, pensó, y se puso penosamente en camino. Una hogaza de pan mordisqueada por las ratas fue su desayuno esa mañana.

Mientras tanto Dios había respondido las oraciones de los misioneros. Ellos habían encontrado una casa grande y confortable en un barrio tranquilo de la ciudad. Apenas se habían instalado cuando tuvieron el gozo de recibir a su primogénita, una hermosa niña a quien llamaron Gracia. ¡Cuánto gozo y agradecimiento subía de su corazón! Estaban muy felices de poder dar testimonio a su alrededor de que una niña era tan bien acogida en su hogar como un niño.

Años más tarde, cuando cuatro niñas alegraban el hogar, Charles Studd decía: «Si Dios solo me ha dado niñas, sin duda es para mostrar al pueblo de China que las niñas tienen tanto valor como los niños».

Algunos amigos misioneros se habían unido al señor y a la señora Studd. Así, poco a poco, una asamblea cristiana se había formado. Comenzaban incluso a entrever el momento en que el pequeño salón ubicado al lado de la casa encantada sería demasiado pequeño.

Ese día la señora Studd se encontraba sola en la casa. Charles y sus amigos misioneros habían ido a la ciudad para llevar a cabo una reunión de evangelización al aire libre. Gracia y la pequeña china salvada de la horrible pagoda dormían apaciblemente en sus cunas instaladas una al lado de la otra, bajo un árbol ubicado en el patio de la casa.

Si-Hiang continuaba avanzando por el camino que la conducía a la ciudad. Débil y agotada, se arrastraba más que caminar. Se disputó un trozo de carne con un perro vagabundo, y logró quitárselo. Más adelante, cuando al fin llegó a las inmediaciones de la ciudad, robó una fruta en una tienda. La vendedora la descubrió y la echó injuriándola. Más lejos aún, unos muchachos le lanzaron piedras. Cada vez retomaba su camino más tambaleante y débil. Entonces se dio cuenta de que jamás tendría la fuerza para trabajar. ¡Se sentía tan débil! ¿Quién podría contratarla? Sin embargo, continuó avanzando a lo largo de las calles, sin meta y sin esperanza.

De repente, cuando llegó al frente de una reja, echó una mirada entre los barrotes. Todo parecía tranquilo en ese patio. Se deslizó hasta allí para descansar un instante. Grandes árboles la invitaban a sentarse. Bajo uno de ellos se hallaban dos pequeñas cajas de madera. De una de ellas salían gritos...

Si-Hiang se acercó curiosa. La pequeña Gracia Studd, rosada y rubia, pataleando con brazos y piernas, daba voces pidiendo su comida. Si-Hiang se inclinó hacia ella para murmurarle algunas dulces palabras... la bebé se silenció y le sonrió. De la otra cuna salió un gemido quejumbroso. Si-Hiang volteó la cabeza, sorprendida. ¿Habría un segundo bebé? Entonces vio una pequeña fi-

gura de un amarillo marfil, marcada en la mejilla... ¡con una mancha roja! La joven madre dio un grito y cayó desvanecida al pie del árbol. La señora Studd, alertada por el ruido, salió de la casa y se precipitó hacia la mujer tendida en el suelo.

–Es una joven mujer, murmuró ella. No está muerta, ¡pero parece muy enferma!

Entonces se dio prisa a entrar en la casa en busca de una taza de leche y un cojín, en el cual puso la cabeza de Si-Hiang lo más cómodamente posible, pero la joven madre permanecía inconsciente. Afortunadamente los misioneros regresaron poco tiempo después.

–¿Quién vino a vernos?, preguntó Charles Studd cuando vio la mujer tendida al pie del árbol.

Entonces su esposa le contó lo que acababa de suceder. Luego trasladaron la enferma a una cama y le prodigaron todos los cuidados necesarios. Después de un largo rato lograron hacerle probar un poco de leche y abrir los ojos. Al descubrir los ansiosos rostros inclinados hacia ella, murmuró algunas palabras.

–Ella reclama su bebé, dijo la señora Studd. Sin duda está muerto, o se lo han quitado. Traigámosle a nuestra Pequeña Hija número Dos (era el nombre que habían dado a la pequeña desconocida, mientras esperaban qué habría de suceder).

Los misioneros esperaban que tal vez una china cristiana adoptara a la pequeña. Porque ¿quién, aparte de una cristiana, desearía encargarse de una niña? Y si nadie quería, ellos habían decidido criarla junto a su pequeña Gracia.

Un instante más tarde Si-Hiang, estrechando a su bebé contra su corazón, se durmió profundamente. Cuando despertó, el dulce y sonriente rostro de la señora Studd estaba inclinado hacia ella. No sintió ningún miedo, al contrario, se sentía al abrigo, al calor, en seguridad... ¡con su bebé en sus brazos!

Entonces sonrió tímidamente y contó su lamentable historia: sus bebés muertos uno después del otro, su niña abandonada a las bestias salvajes. En cuanto a su marido... Los ojos de Si-Hiang se llenaron de angustia.

–¡Oh, honorable señora!, suplicó ella, ¡no me echen de aquí! Yo trabajaré para ustedes. Sé cocinar, limpiar, cuidar los niños. ¡Déjenme aquí, por favor, se lo suplico!

La señora Studd apretó la mano que se tendía hacia ella.

–No tema. Usted puede quedarse en nuestra casa. Nosotros nos ocuparemos de usted y de su pequeña.

–¡Oh! ¿Verdaderamente? ¿Qué alegría! No sé cómo agradecerles... Pero, honorable señora, su bebé es una niña... ¿su marido no está muy enojado con usted?

–Tenemos una preciosa niña, es verdad, y mi marido está tan feliz como yo. Dios ama de la misma manera a las niñas que a los niños. ¡Y si él nos concede otras niñas, las recibiremos con mucha felicidad!

Si-Hiang miró a la misionera sin entender nada.

–Duerma ahora, descanse y disfrute de su hijita. Cuando haya recuperado sus fuerzas, le hablaremos de Aquel que tanto la ama, el Señor Jesús. ¡Fue él quien la condujo hasta aquí!

–Sí, honorable señora. Estoy segura de que fue él, porque yo no conocía el camino a su casa...

En la noche, cuando Si-Hiang se durmió, los misioneros se reunieron para hablar de ella y de su hija. Charles Studd dijo: ¡Cuán enferma y frágil parece! Y esa mancha en la mejilla de su bebé...

En una ferviente oración pidieron a Dios que la sangre de Cristo lavara a la niña de toda mancha, y que esa marca le recordara siempre que Jesús ha borrado todas las huellas de nuestros pecados.

El regreso de Sinn-Hap

Por el camino que conducía a la casa de Jade Preciosa, un joven caminaba lentamente, cabizbajo, agobiado por las preocupaciones. Era Sinn-Hap que volvía a casa de sus padres. Su honorable madre le había contado en una carta lo que había sucedido. Una vez más, su miserable mujer lo había decepcionado dándole una hija. Pero esa no era su más amarga preocupación. Sinn-Hap se había empobrecido. Durante los últimos meses había gastado hasta su último centavo para que el cielo le concediera un hijo varón. Pero los dioses estaban ávidos; él se había endeudado al máximo para pagar las ofrendas, el incienso y las oraciones... ¡Si éstas hubieran sido oídas, él hubiera trabajado gustosamente hasta más no poder! Pero ahora...

El pobre muchacho no tenía ninguna prisa para ver a su honorable madre. Sospechaba que ella lo incitaría a despedir a Si-Hiang. Incluso insistiría para que la echara, y él, como buen hijo chino, sumiso y obediente, sabía que terminaría por ceder. No era que le importara mucho su mujer, quien sin embargo era amable y dulce. Pero él necesitaba a alguien que le cocinara, le remendara la ropa y limpiara la casa. Y Si-Hiang hacía muy bien estos trabajos.

—Con esta horrible deuda, no tengo dinero para comprar otra mujer, pensaba él. ¡Hubiera sido mejor que se hubiera muerto!

Una voz amiga lo sacó repentinamente de sus sombrías reflexiones:

—Hola, ¡mi amigo Sinn-Hap!

Levantando los ojos, vio acercarse a su antiguo amigo de infancia, Fan-Tu.

—¡Cómo me alegra volver a verte!, dijo Fan-Tu. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Llegas en buen momento. ¿Tienes prisa para ir a saludar a tus honorables padres?

—¡Tengo tiempo!, respondió Sinn-Hap, feliz de reencontrarse con su amigo.

Al observarlo, le pareció que algo había cambiado en él. ¿Qué era? Su amigo parecía diferente, como lleno de un gozo interior. ¿Se había casado? ¿Tenía un hijo? ¡No! Sinn-Hap seguramente se habría enterado. Incluso antes de que alcanzara a interrogarlo, Fan-Tu le preguntó:

—¿Has oído hablar de los predicadores de Jesús?

Al escuchar estas palabras, una especie de rabia fría llenó el corazón del joven. ¿No eran esos diablos extranjeros, los que habían echado una maldición a su mujer y le habían traído todas esas desgracias?

–¡Oh, sí, he oído hablar de ellos!...

–Ellos están aquí, ¿sabes?

–Sí, lo sé demasiado bien.

–Van a dar una charla en la plaza de mercado en un momento. ¡Justamente iba para allá! Sinn-Hap, amigo mío, me gustaría tanto que vinieras conmigo.

–¡No, no!, respondió Sinn-Hap. No quiero tener nada que ver con ellos.

Sin embargo, en el fondo de sí mismo sentía mucha curiosidad. Tal vez esta sería la ocasión de ver a esa gente que poseía tal poder... Fan-Tu notó su indecisión.

–¡Vamos!, le suplicó. ¡Oh, amigo mío, si supieras cuán feliz soy! ¡Debo contarte todo! Aprendí a conocer a su Dios. Él no es como los dioses de la China. Es un Dios bueno y compasivo, lleno de amor. Sinn-Hap, puedes creer esto: ese Dios solo tenía un Hijo, y lo dio en sacrificio por los hombres pecadores.

–¿Cómo?, preguntó Sinn-Hap, quien no comprendía muy bien lo que su amigo le explicaba.

–¡Su Dios nos ama, Sinn-Hap! Él ama a todos los hombres, a los ricos como a los pobres, y a las mujeres también. ¡Ven conmigo! Tú también debes escuchar esta buena noticia.

Tomando a su amigo firmemente por el brazo, Fan-Tu lo llevó a la plaza de mercado. Una multitud se había reunido allí. Para su gran sorpresa, Sinn-Hap vio rostros conocidos: el profesor y su esposa, el viejo zapatero, e incluso algunos vecinos.

Charles Studd, parado en un estrado, contaba sencillamente la maravillosa historia del amor de Dios. Un Dios que amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único para salvar a los hombres pecadores.

Sinn-Hap escuchó atentamente. ¡Nunca se había imaginado que un Dios pudiera amarlo! Siempre había tenido la impresión de que los dioses de su país querían castigarlo y exigían de él oraciones y ofrendas. Pero que un Dios pudiera amarlo a él, a Sinn-Hap... De repente el joven hombre se vio tal como era: un pecador lleno de odio, de maldad y de malos pensamientos. Cubriendo su rostro con sus manos temblorosas, aceptó ese amor y recibió en su corazón a Aquel que deseaba ser su Salvador. Cuando la reunión finalizó, fue a sentarse en un rincón solitario y refle-

xionó largamente sobre lo que acababa de suceder. Su alma estaba turbada y emocionada a la vez, pues ya sentía que un gozo desconocido lo inundaba. Al fin se levantó y se dirigió resueltamente hacia su casa paterna.

Era la hora de la comida. La familia estaba reunida alrededor del plato de arroz cuando Sinn-Hap abrió la puerta. La honorable madre se alegró mucho al ver a su hijo mayor. Pero, ¿qué le había sucedido? Ella apenas lo reconocía. Parecía tan feliz... Seguramente no imaginaba las malas noticias que lo esperaban. ¿Qué significaba esa alegría en su rostro? Las primeras palabras de Sinn-Hap fueron un verdadero choque para toda la familia:

—Honorable madre, ¿dónde está Si-Hiang, mi mujer?

Esta inesperada pregunta aterrorizó a la madre, quien empezó a dar explicaciones confusas:

—Esa miserable criatura, ¡esa mala mujer! Pues bien, ella se fue... En cuanto a su hijo, era una niña sin ningún valor. Sin duda hace mucho tiempo que las bestias salvajes la devoraron, ¡y eso era lo mejor! Lo único que debes hacer, hijo mío, es buscar otra mujer...

Sinn-Hap no supo qué responder. Anhelaba tanto volver a encontrar a su mujer para contarle todo lo que acababa de cambiar en su vida. Ahora sabía que Dios amaba a Si-Hiang tanto como a él. Pero, ¿cómo explicar esto a su familia? Y ahora, todas estas malas noticias venían a golpearlo de frente. Su triste situación volvió a su mente: no tenía dinero, incluso estaba lleno de deudas. Su acreedor podía echarlo en prisión cuando quisiera...

—¡Come tu arroz!, ordenó el honorable padre.

Sinn-Hap, sumiso como todo hijo chino, se sentó a la mesa sin agregar ni una palabra. Mientras tanto, dos pares de curiosos ojos lo observaban: los de Sinn-Tek y Jade Preciosa. Esta última pensaba: ¡No está enojado con su mujer, pues desea volver a encontrarla! ¿Qué le habrá sucedido? En cuanto a Sinn-Tek, estaba completamente estupefacto. Después de la comida, Sinn-Hap se inclinó ante su padre y le dijo:

—Honorable padre, me encontré con mi amigo Fan-Tu, y quiero ir a hacerle una visita.

El honorable padre se sintió halagado. Fan-Tu era el hijo de un rico comerciante, y su amistad siempre podía serle útil...

—Ve, hijo mío, y olvida a tu miserable mujer. A esta hora ella debe estar muerta, y es lo mejor que puede suceder.

Para el honorable padre, como para sus compatriotas, una mujer no valía gran cosa. Sinn-Hap se alegraba de volver a ver a su amigo para contarle las cosas extrañas y maravillosas que acababa de experimentar. También sentía una gran necesidad de pedirle consejo. Lo encontró en la calle.

—¡Qué feliz encuentro!, exclamó Fan-Tu. Precisamente iba a buscarte. Me gustaría que vinieras conmigo a la congregación.

Sinn-Hap dudó un momento. Deseaba mucho ir con su amigo, pero el miedo lo torturaba. No se hacía ilusiones sobre el recibimiento que le harían sus padres si él se unía a los «predicadores de Jesús». Para él, volverse cristiano significaba ser perseguido y rechazado por los suyos. Fan-Tu lo consideró con compasión.

—Amigo mío, lo que Jesús nos da cuando lo seguimos es mil veces mejor que lo que nosotros abandonamos por él. Yo sé muy bien que soy privilegiado, porque mi honorable padre también recibió las Palabras de Vida. Creo que pronto todos los míos se volverán hacia el Señor Jesús, y lo amarán como yo he aprendido a amarlo.

Sinn-Hap decidió seguir a su compañero. Le abrió su corazón y le contó todas sus dificultades: sus deudas, la desaparición de su mujer, la muerte de sus hijos.

—Ya ves en qué situación me encuentro, Fan-Tu. ¡Estoy desesperado!

—No digas eso, Sinn-Hap. ¡Dios te ayudará! Vamos a pedir consejo a los misioneros.

Esa tarde, después de la reunión, Sinn-Hap sentía un inmenso gozo en su corazón. Angustias, preocupaciones, tristezas, todo fue olvidado. De ahora en adelante confiaría en su Salvador quien lo había buscado y atraído hacia él.

—Si tienes problemas, ven a mi casa, le recomendó Fan-Tu al despedirse. Mi hogar será el tuyo si tu honorable familia te echa.

La casa estaba en silencio cuando Sinn-Hap regresó. Sin hacer ningún ruido se deslizó en la gran cama que compartía con sus jóvenes hermanos. Pero una pequeña cabeza salió de debajo de la manta y una voz murmuró:

—¡Hermano mayor!

—Sinn-Tek, ¿por qué no te has dormido?

—Acabo de acostarme. Sinn-Hap... ¡yo te vi!

–¿Me viste? ¿Dónde?

–Jade Preciosa y yo te vimos. ¡Nosotros también estábamos en la iglesia! Vamos allá con frecuencia.

Sinn-Hap, estupefacto, miró a su hermano.

–¿Vas con frecuencia?... ¿A la iglesia?

–Sí. Jade Preciosa y yo conocemos a las Mems, las que tienen los cabellos raros...

–¿Nuestro honorable padre lo sabe?, preguntó Sinn-Hap.

–¡Oh no, no! ¡Estaría furioso! Él detesta a los predicadores de Jesús. Piensa que son diablos. Dice que por culpa de ellos tu hijo nació mujer y con una mancha maldita en el rostro.

–¿Una mancha maldita?, repitió Sinn-Hap que no sabía nada de eso.

–Sí, había como una mancha de sangre en el rostro de la niña...

En ese momento escucharon a los hombres entrar, y Sinn-Hap hizo señas a su hermano para que se quedara tranquilo. Él mismo, cubriendo su cabeza con la manta, permaneció inmóvil. Pero mil pensamientos se agitaban en su cabeza. Una mancha de sangre... esto había causado la muerte a su hija. Pero la preciosa sangre de Cristo le había dado la vida. A pesar de toda su miseria, un gran gozo llenaba su corazón.

Se levantó al alba, salió al patio y se sentó en un rincón. Como la luz de esa clara mañana anunciaba un nuevo día, Sinn-Hap tomó consciencia de que comenzaba una nueva vida. Humilmente se puso de rodillas y oró a Aquel que le daría la fuerza y el valor que tanto necesitaría muy pronto.

En ese momento Jade Preciosa entró al patio. Viéndolo arrodillado, corrió hacia él. Ella amaba tiernamente a su hermano mayor. Sinn-Tek era su amigo, su camarada, su compañero. Los otros niños y Alegre Mañana todavía eran pequeños. Pero a su gran hermano Sinn-Hap lo amaba y lo admiraba al mismo tiempo. Se sorprendió mucho al verlo así arrodillado. Sin duda estaba muy triste; ¿o tal vez oraba a su dios para que le enviara un hijo?

Cuando se acercó a él, se detuvo, estupefacta. Su rostro no estaba triste, todo lo contrario: ¡irradiaba gozo! Sonrió a su joven hermana, y como respuesta a su mirada interrogante, le anunció:

–Pequeña hermana Jade, ¡estoy muy, muy feliz!

–¿Por qué, hermano mayor?, preguntó ella dulcemente, mientras sus pensamientos se elevaban hacia Si-Hiang y su bebé; estaba tan triste al no poder verlas más.

–Ven a mi lado. Escucha bien: Encontré a Jesús, el Salvador del mundo, y soy muy feliz. Mi corazón está lleno de luz, como la del sol esta mañana.

Él trató de contarle su experiencia, su encuentro con un Dios de amor, un Amigo, tan diferente de los dioses terroríficos que ellos conocían... Cuando él terminó de hablar, Jade Preciosa murmuró:

–Yo sé.

–¿Tú también sabes? ¿Cómo sucedió?, preguntó sorprendido.

–Yo sé que él es bueno y poderoso, y que los que lo aman tiene la paz del corazón.

La chica suspiró. Sí, ella había visto a Jesús, pero solamente de lejos.

–¿Es también tu Salvador?

–Me gustaría mucho, pero no me atrevo...

Sinn-Hap guardó silencio. En su nuevo gozo, casi había olvidado las dificultades que lo esperaban. Jade Preciosa le contó entonces cómo Sinn-Tek y ella asistían frecuentemente a las reuniones cristianas; le refirió sus charlas con los misioneros cuando visitaban la casa encantada.

–Si aún vivieran allí, agregó ella, yo podría volver a verlos... Pero se fueron. Ahora viven en una casa grande al otro lado de la ciudad. Si voy hasta allá, alguien podría verme y contárselo a nuestros honorables padres. ¡Oh, hermano mayor!, todos ellos odian a los predicadores de Jesús: nuestro padre, nuestro abuelo, nuestros tíos. Ellos quieren echarlos, ¡matarlos si pudieran! Sinn-Hap, si ellos sospechan que tú también...

Sinn-Hap sabía que la cólera, la persecución y tal vez la muerte lo esperaban.

–Pequeña hermana, ¡Jesús es todo para mí!

–¿Se lo vas a contar a nuestros honorables padres?

–Sí, ¡pronto! Aún debo pensar bien en la manera como les voy a anunciar mi fe. Pero ahora, ¡háblame de mi mujer!

–Ella se fue, se escapó. Se asustó mucho cuando supo que llegarías.

–Ella pensó que yo le haría daño a causa de su bebé. ¡Pero Dios cambió mi corazón! ¡Quisiera encontrarla! ¿Sabes dónde puede estar?

–No tengo la menor idea. Hace mucho tiempo que se fue. ¡Pero no podrás traerla a casa! Nuestra honorable madre no te lo permitirá jamás.

–Tal vez... ¡pero tengo que encontrarla!

–Ella está muerta, sin duda. Su bebé también.

–¿Estás segura?

–Dejaron a la pequeña en la pagoda, para que las bestias salvajes se la llevaran. Un día la honorable madre me pidió que fuera a ver. Yo fui... ¡no había ninguna señal de la bebé! Hay muchos lobos rondando por esos lados, Sinn-Hap.

Diciendo estas últimas palabras, los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, y no se atrevió a mirar más a su hermano.

De la casa resonó la voz severa de la honorable madre.

–La honorable madre me llama, suspiró ella.

–Guarda mi secreto algunos días todavía, le recomendó Sinn-Hap mientras regresaban a la casa.

La honorable madre sonrió a su hijo. Ella lo amaba tiernamente, era su primogénito, su orgullo. La familia se reunió alrededor de la mesa para comer el arroz, es decir, primeramente los hombres, porque las mujeres debían servirles primero a ellos.

Después de la comida, Sinn-Hap salió a buscar a su amigo Fan-Tu. Este trabajaba en el gran almacén de su padre.

–¡Vuelve en un momento!, dijo él a su visitante. Y luego agregó en voz baja: Hay una reunión en la plaza de mercado. ¡Ve, yo trataré de alcanzarte!

Sinn-Hap decidió ir a esa reunión. No tenía ningún deseo de regresar a su casa. Sería muy difícil no traicionarse, resistir...

–Fan-Tu podrá ayudarme y darme buenos consejos, pensaba mientras caminaba perdido en sus pensamientos.

De repente sintió que alguien lo agarraba por la manga de su camisa. Volviéndose, vio el rostro turbado de Jade Preciosa quien estalló en sollozos:

—¡Hermano mayor, oh hermano mayor!

—¿Qué sucede, Jade, por qué lloras?, le preguntó afectuosamente.

Entre sollozos ella le contó la terrible noticia. Media hora antes, la casa había sido como sacudida por un huracán. La honorable madre, Jade Preciosa y su pequeña hermana estaban ocupadas en sus quehaceres domésticos cuando los hombres de la familia, el honorable padre, el abuelo y los dos tíos se precipitaron en la casa. Sus pequeños ojos negros titilaban, sus manos temblaban. Estaban excesivamente agitados.

—¿Dónde está Sinn-Hap?, gritaron todos a la vez.

La honorable madre, aterrorizada, se tambaleó y se agarró de un mueble.

—¡No sé, honorable marido! Él fue a encontrarse con su amigo Fan-Tu. Por lo menos eso fue lo que nos dijo...

—¡Mujer, tu hijo nos ha deshonrado y nos ha puesto en gran peligro! ¡Tu hijo se ha unido a los diablos extranjeros!

Al escuchar esta aterradora noticia, la honorable madre dio un grito alarmante.

—¡No, no, eso no es posible, no puede ser verdad!

—¡Es totalmente cierto! ¡Toda la ciudad lo sabe! Mi hijo, mi hijo mayor no solamente fue a la plaza de mercado, donde esos demonios pronuncian sus palabras mágicas, sino también a su templo para adorar con ellos. Mi mejor amigo lo vio...

El honorable padre casi se ahoga de la ira, mientras la honorable madre, para excusar a su hijo muy amado, buscaba un culpable:

—¡Es culpa de esa miserable Si-Hiang! ¡Ella está poseída!

La pobre mujer se precipitó al rincón donde se erigía el altar familiar y se postró ante el dios presentándole oraciones y súplicas. Por toda respuesta, el rostro de piedra del terrible ídolo parecía burlarse...

—¡Vea, vea, el dios está en cólera! ¡Oh! ¿Qué más nos sucederá ahora?

Pero el semblante del honorable padre parecía aún más siniestro que el del ídolo.

—¡Mataré a mi hijo!, exclamó.

La honorable madre empezó a sollozar, porque ella sabía que su marido cumpliría su palabra.

Días terribles

Cuando Jade Preciosa vio la expresión feroz de su padre, sintió que su corazón se le salía del pecho. Sin hacer ruido, salió sigilosamente de la habitación, atravesó el patio y empezó a correr con todas sus fuerzas. Era necesario advertir a Fan-Tu y encontrar a Sinn-Hap antes de que regresara a casa. El honorable padre siempre llevaba un gran cuchillo escondido en su chaqueta, para defenderse de los ladrones en la noche. La chica tenía un miedo terrible de que él lo utilizara contra su hijo... Mientras ella corría hasta perder el aliento, tuvo la profunda convicción de que solo el Dios de los cristianos era bastante bueno y poderoso para ayudarla.

—Jesús, tú que eres bueno, te ruego, te suplico, ¡ayúdame a encontrar a mi hermano!

La respuesta no se hizo esperar. Jade Preciosa de pronto vio a su hermano. Fue entonces cuando lo agarró por la manga. Después de haberle contado todo, le suplicó:

—No vayas a casa, ¡ellos te matarán! O por lo menos pídele a Fan-Tu que te acompañe, tal vez él pueda protegerte...

Sinn-Hap sacudió la cabeza. Era él quien debía librar esta batalla, y sabía Quién estaría con él. Había deseado hablar tranquilamente con sus padres. Sospechaba que su enojo sería grande, pero creía poder contar con su ternura...

Pero ahora sabía que su rabia y su miedo remplazarían su afecto.

—Querida hermanita, ¡no temas! Dios, a quien pertenezco ahora, me ayudará. Él estará conmigo. Vuelve a casa y no digas que me buscaste, porque podrían reprochártelo. ¡Ve adelante, yo te seguiré!

Llena de miedo, la niña obedeció dócilmente. Apenas había recorrido unos cien metros cuando encontró a Sinn-Tek.

—¡Oh, Jade!, exclamó él, temblando, estoy buscando a Sinn-Hap. El honorable padre me ordenó que lo buscara y lo llevara a casa. ¡Ellos lo están esperando, están furiosos con él! ¿Sabes por qué?

—Sí, lo sé. Se enteraron de que quiere seguir a Jesús, y que va a las reuniones de los misioneros...

—¡Oh, van a matarlo, estoy seguro!, gimió el jovencito.

Cuando ellos regresaron a casa, encontraron a toda la familia reunida. Incluso los niños pequeños estaban reunidos en un rincón, aterrorizados, no entendiendo lo que sucedía.

—¡Honorable padre, anunció Sinn-Tek, Sinn-Hap ya viene!

—¿Dónde estaba? ¿Dónde lo encontraste?

—En la calle, no muy lejos de aquí...

Un instante después la puerta se abrió y Sinn-Hap apareció.

Se detuvo en el umbral y se inclinó reverentemente ante la familia reunida. Su rostro estaba tranquilo e iluminado por la paz de su alma. Su padre le preguntó:

—¿Es verdad que has estado con los diablos extranjeros?

—Sí, honorable padre, he estado con los predicadores de Jesús. Ellos me enseñaron que Jesús es el Hijo del único y verdadero Dios. De ahora en adelante, él es mi Dios, ¡y yo lo seguiré hasta la muerte!

Un gran silencio siguió a esta declaración. Sinn-Hap había hablado tranquila y amablemente, pero en su voz se notaba que estaba firmemente decidido. Sinn-Tek se acercó a Jade Preciosa, y en una angustia indescriptible, los dos niños se estrecharon. La honorable madre estaba demasiado aterrorizada para tomar la palabra. Entonces, súbitamente, los cinco hombres de la familia: el abuelo, el honorable padre y los tres tíos se lanzaron sobre Sinn-Hap. Este no se defendió. Enfrentó la situación con un corazón firme y valeroso...

Un momento después, el honorable padre lanzó el cuerpo ensangrentado y flagelado de Sinn-Hap a la calle, fuera del patio. Luego todos los hombres se fueron, cada uno por su lado. En la casa solo se oían gritos y gemidos. La honorable madre sollozaba como si su corazón se le fuera a destrozarse. Sinn-Hap, su hijo muy amado, asesinado ante sus propios ojos... Los niños gritaban aterrorizados, pero nadie parecía inquietarse por ellos. Jade Preciosa y Sinn-Tek, apenas lograron reponerse un poco, salieron en busca de su hermano. ¿Estaría vivo todavía? ¡Pero no lo encontraron!

—¿Dónde estará?, exclamó Jade Preciosa.

Sinn-Tek parecía meditabundo:

—¡Cuánto debe amar a ese Jesús para sufrir así por él!

Pero la voz de su hermana lo volvió a la realidad:

—¡Yo también quiero amarlo! Quiero conocerlo mejor...

Sinn-Tek la miró angustiado. Él sabía que el hecho de ser una débil chica no la preservaría de la rabia de su padre.

–¡Oh, hermana mayor!, murmuró él.

–Sí, yo también quiero seguirle.

Después de un largo silencio el jovencito exclamó:

–¡Vamos a casa de Fan-Tu! Tal vez él pueda encontrar a nuestro hermano mayor y cuidarlo, si...

No se atrevió a agregar: «si no está muerto».

Era la hora de la cena para Fan-Tu y su padre Fan-Si, quienes comían en su trastienda.

–¿Qué sucede, mis amigos?, preguntó el joven al ver a sus dos pequeños visitantes atravesar tímidamente la puerta del almacén.

Por toda respuesta Sinn-Tek estalló en sollozos; Jade Preciosa tuvo que contar la triste historia y concluyó tristemente:

–Ya no tenemos arroz debido a la hambruna, la honorable madre llora todo el tiempo y los pequeños también. Oh, honorable Fan-Tu, ¿podría usted buscar a nuestro hermano mayor?

Fan-Tu y su padre mostraron gran simpatía y bondad hacia sus pequeños amigos. Fan-Si dijo dulcemente:

–Acércate, hijo mío. Yo también conozco y amo a ese Jesús, el Hijo del único y verdadero Dios. ¡Toda la ciudad lo conocerá un día! Tal vez yo también deba sufrir por él... Acérquense y coman arroz con nosotros, luego pediremos a Dios que nos ayude a encontrar a Sinn-Hap.

Cuando terminaron de comer, los cuatro se arrodillaron y oraron. Los dos niños sintieron que, muy cerca de ellos, había una presencia real, llena de amor, que ciertamente les ayudaría. De regreso a su casa encontraron a sus hermanos y hermana llorando. La honorable madre había desaparecido. Sinn-Chang explicó que ella había salido hacía mucho, mucho tiempo.

–Fue a buscar a Sinn-Hap, dijo Jade Preciosa.

Efectivamente, la desdichada madre estaba segura de que su hijo debía estar muriendo en alguna parte. Había visto cómo los cinco hombres lo golpeaban con pies y manos, lo acuchillaban y finalmente lo echaban a la calle. Sin embargo él no había dado ni un solo grito, y su rostro estaba extrañamente resplandeciente.

Segura de encontrarlo, ella recorrió los alrededores, mirando en las cunetas y bajo los arbustos. Pensaba que él no podía encontrarse muy lejos. Pero después de horas de vana búsqueda, la honorable madre regresó a la casa, temblando. Jade Preciosa tuvo que ayudarla a acostarse en la cama.

–Mi hijo Sinn-Hap, ¿está a salvo?

La chica dudó. No sabía nada, sin embargo estaba segura, absolutamente segura, de que todo iría bien para su hermano.

–¡No se preocupe, honorable madre!

Deseaba agregar: «Sé que el Dios de los misioneros lo cuidará», pero no se atrevió... Mientras hacía las tareas domésticas, oró a ese Jesús y le abrió su corazón. El Dios de los cristianos pronto respondería a las oraciones de su joven fe. Durante ese tiempo, Fan-Tu y su padre recorrieron la ciudad en busca de su amigo.

Dios responde

En la casa de los misioneros, Si-Hiang conversaba con la señora Studd.

–Usted se quedará con nosotros, dijo esta última. Nos ayudará a cuidar las niñas, a su pequeña Alegría y a nuestra pequeña Gracia.

El corazón de la joven china desbordaba de felicidad y agradecimiento. Desde que conocía a su Salvador, una paz inmensa llenaba su vida. Sin embargo, no podía dejar de pensar en su esposo y en Jade Preciosa. Le hubiera gustado tanto hacer algo por ellos...

–Oraremos para que el Señor permita que los volvamos a ver, le había dicho Charles Studd. ¡Dios puede hacer milagros!

Los ojos de Si-Hiang brillaron de gozo:

–Ya lo hizo conmigo. ¡Me trajo aquí, me devolvió a mi bebé, llenó mi corazón de su amor!

Al caer la tarde, un pequeño mensajero fue a pedir al señor Studd que visitara a una anciana china cristiana que estaba muy enferma. Entonces dejó a su esposa y a sus amigos irse a la reunión anunciada, mientras Si-Hiang cuidaba a las niñas. Él, equipado con una gran linterna, porque las calles estaban oscuras y frecuentemente llenas de obstáculos, se puso en camino. Iba por un callejón oscuro, caminando con precaución, cuando de repente divisó una figura oscura apoyada contra el muro. Inicialmente pensó que se trataba de un fumador de opio ebrio perdido, como sucedía frecuentemente. Pero bajando su linterna, vio a un joven gravemente herido...

Si-Hiang, sola con las bebés, escuchó tocar suavemente la puerta. Tuvo miedo de abrir a esa hora tardía. Pero el visitante llamaba cada vez más insistentemente y con más fuerza. Al fin Si-Hiang corrió el cerrojo y abrió prudentemente la puerta. La luz de la lámpara alumbró el rostro del misterioso visitante. Al reconocerlo, Si-Hiang dio un grito:

–¡Jade Preciosa!

Pero la chica, demasiado agitada para fijarse en la persona que le abría, exclamó:

–¿Puedo hablar con la señora o el señor misionero? ¡Se lo ruego, por favor!

Pero después de haber atravesado el umbral de la puerta, por fin reconoció a su cuñada.

–¡Oh, Si-Hiang, mujer de mi hermano mayor!... ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí en la casa de los misioneros?

–¡Sí, soy yo, y mi hija también está aquí! Te contaré todo. Pero primero dime por qué lloras. Te ves turbada...

Como respuesta, la chica lloró aún más.

–Jade, aquí estás segura. Por el momento yo estoy sola, pero los misioneros regresarán pronto. Ellos se ocuparán de ti, como lo hicieron conmigo. Siéntate y descansa un momento. Mientras tanto podemos orar. El Señor Jesús nos escuchará, si nosotras le hablamos... ¿Sabes?, Jade Preciosa, yo también le pertenezco. Yo le entregué mi corazón, ¡soy cristiana! Lo amo y sé que él me ama, pues su sangre se derramó por mí. ¡Jade, soy feliz! ¡Oh, totalmente feliz!

El rostro de la joven china, resplandeciente de gozo, confirmaba la veracidad de sus palabras.

–Sinn-Hap también era cristiano, murmuró la chica. Estaba dispuesto a morir por su Dios. Además, tal vez ya... ¡Oh, Si-Hiang, si tú supieras... si supieras todo lo que sucedió después de tu partida...

Entonces Jade Preciosa, animada por el cariño de su cuñada, le contó todo lo ocurrido. Y terminó su relato explicando cómo, durante todo el día, Sinn-Tek, Fan-Tu, su padre y ella habían buscado a Sinn-Hap.

–Si-Hiang, nadie ha podido encontrarlo. Además la honorable madre parece fuera de sí. No se mueve, no habla, no le importa lo que sucede a su alrededor. Ya no sé qué hacer, por eso pensé en los misioneros. Sé que ellos son buenos y encontrarán la manera de ayudarnos.

–¡Bendito sea Dios!, respondió Si-Hiang. ¡Fue él quien te trajo aquí! Si acaso mi marido aún está vivo, estoy segura de que él lo cuidará... Pero ahora, mira a mi hija. Se llama Alegría, y aquí está Gracia; ella también es una niña buena, a pesar de tener los ojos claros y el cabello rubio. Pero no es linda como mi bebé. Ella siempre será feliz, porque desde la infancia conocerá el amor del Señor Jesús.

Mientras ellas observaban a las bebés dormir tranquilamente, escucharon la voz de Charles Studd al exterior de la casa:

–Abre la puerta, Si-Hiang, ¡abre rápido!

La joven se dio prisa a obedecer. El misionero llevaba un herido en sus brazos.

–Hierve agua, trae algodón y todo lo que encuentres para hacer vendajes.

Puso su carga en el piso, cerca de la estufa, y fue entonces cuando notó la presencia de Jade Preciosa.

–Ya nos hemos visto alguna vez, le dijo amablemente. ¿Cómo te llamas?

–Me llamo Jade Preciosa.

–Bien, Jade Preciosa, ¿podrías ayudarnos a curar a nuestro herido?

Sonriendo, ella respondió:

–¡Sí, con mucho gusto!

Se acercó tímidamente, pero en el momento en que giró su cabeza hacia el hombre inmóvil, dio un grito de sorpresa: –¡Hermano mayor! Es mi hermano mayor, ¡Sinn-Hap! ¡Usted lo encontró!

Y cayó de rodillas al lado del cuerpo inmóvil. Si-Hiang llegó en ese momento y por poco deja caer la olla de agua caliente que traía.

–¡Tuan, Tuan, es Sinn-Hap, mi marido! Él también es cristiano. ¡Su familia lo agredió a causa de su fe!

–Hagamos rápido todo lo posible para curarlo.

El pobre Sinn-Hap se encontraba en un estado tan lamentable que su recuperación parecía poco probable. Lavaron y vendaron sus numerosas heridas. Le hicieron tomar algunas cucharadas de leche caliente. Charles Studd dio gracias a Dios por la manera maravillosa en que había conducido y reunido a estos jóvenes. Hasta el fin de su vida, Sinn-Hap llevaría las marcas de su martirio.

Jade Preciosa sentía que el Jesús de los cristianos estaba ahí, cerca de ellos, lleno de amor y compasión. ¡Qué bueno y poderoso era al haberles devuelto a Sinn-Hap! Pensando que esta maravillosa noticia sanaría a su madre, se fue corriendo hasta su casa. Allí todo estaba como antes de que ella saliera: los niños dormían en un rincón, los hombres habían salido, la madre parecía insensible a todo lo que la rodeaba. La chica se inclinó hacia ella y le dijo:

–Honorable madre, ¡escúcheme! El hermano mayor fue encontrado y está a salvo.

–¿Mi hijo? ¿Mi hijo? ¿Estás segura?

—Está gravemente herido, pero vive. Está seguro en casa de los predicadores de Jesús. ¡Y ese Jesús también está ahí! Yo no lo vi, pero sé que está ahí. ¡Oh, honorable madre, su Dios es mucho más poderoso que todos nuestros dioses! Si-Hiang también está allá con su bebé.

La pobre madre extendió su mano para acariciar a su hija, quien se sintió muy conmovida y sorprendida por este gesto inhabitual. Su madre nunca le había manifestado tal afecto. Los chinos normalmente no son muy expresivos. Para ellos, el deber y la obediencia cuentan más que el amor.

Esa noche nadie durmió mucho en la casa de los misioneros. Sinn-Hap estaba tan enfermo que era necesario vigilarlo continuamente. Pero al amanecer, dio un suspiro y abrió los ojos. Si-Hiang se acercó suavemente.

—¡Sinn-Hap, soy yo, Si-Hiang, tu mujer! Yo también creo en Jesús.

Al escuchar este nombre, una sonrisa apareció en el pálido rostro del joven, y murmurando: ¡Jesús!, volvió a cerrar los ojos.

—Debe descansar, ¡dejémoslo tranquilo!, aconsejó la señora Studd.

Ese día la honorable madre se levantó temprano y volvió a sus ocupaciones habituales. Pidió a Jade Preciosa que fuera a averiguar sobre el estado del enfermo. Sinn-Tek la acompañó. Caminaron dando algunas vueltas innecesarias hasta llegar a la casa de la familia Studd. Jade Preciosa hubiera ido directamente, porque cada vez se sentía más animada. Pero Sinn-Tek no podía olvidar el terrible espectáculo que había visto, la golpiza propinada a su hermano, y esto lo asustaba terriblemente.

En el estado de Sinn-Hap se notaba una mejoría. Las heridas lo hacían sufrir cruelmente, pero podía hablar un poco. Sus hermanos lo encontraron tranquilamente instalado al lado de su mujer. Los dos hablaban del amor de Dios y de sus sendas maravillosas.

—Díganle a la honorable madre que pronto estaré sano y que soy muy feliz, dijo a los jóvenes mensajeros.

Charles Studd acompañó a sus jóvenes visitantes hasta la salida y con una amable sonrisa les dijo:

—Pueden decirle a su honorable madre que nos sentiremos felices y honrados si ella viene a nuestra casa a ver a su hijo.

Los dos chinos se inclinaron cortésmente. Pero cuando se alejaron, Sinn-Tek exclamó:

–¡Nuestro honorable padre no lo permitirá jamás!

Temía terriblemente ver a su madre tratada como Sinn-Hap.

–Ella podría venir en la noche, sugirió Jade Preciosa.

Una visita en la noche

La honorable madre pasaba por un duro combate. Entre su amor a su hijo, el miedo a su marido y a los diablos extranjeros, el amor prevaleció.

En una oscura noche, tres sombras se deslizaron hasta la casa de los misioneros. Si-Hiang abrió la puerta y se inclinó respetuosamente ante su suegra. Pero esta ni siquiera la miró y se precipitó directamente a la cama de su hijo, con quien intercambió algunas palabras. Luego la señora Studd sugirió dulcemente:

–Su hijo todavía está muy enfermo, pero usted puede venir cada vez que quiera.

Y cuando ellos se retiraron, Jade Preciosa dijo valientemente:

–Honorable madre, ¡los misioneros son buenos con el hermano mayor!

–Es verdad, no he visto nada malo en ellos.

–Pronto el hermano mayor estará bien.

–Cuando vuelva a verlo, agregó la madre, traeré una ofrenda para su Dios. Un poco de arroz y té, y tal vez algo de dinero...

Pero mientras hablaba, la pobre mujer se preguntaba cómo podría conseguir esto...

Una mañana Sinn-Tek llegó de la ciudad con noticias alarmantes. Estaba seguro de haber sido seguido y reconocido cuando asistía a una reunión. Un viejo amigo de su padre, enemigo encarnizado de los misioneros, lo había visto y le había lanzado una mala mirada. Jade Preciosa, más valiente que su hermano, no parecía muy asustada.

–Acuérdate cómo su Dios socorrió a nuestro hermano. ¡Nuestro honorable padre no me asusta, si Jesús está conmigo!

–¡Tú no eres más que una chica!, replicó Sinn-Tek. Nuestro honorable padre se enojará menos contra ti.

Sin embargo la chica advirtió a su madre sobre el peligro.

–Pero yo quiero ver a mi hijo, gimió la pobre mujer. ¡Y llevaré una ofrenda a su Dios!

Algunos días más tarde se presentó la ocasión para Jade Preciosa y su madre de ir, en la noche, a la casa de la familia Studd. Sinn-Tek no las acompañó. Tenía demasiado miedo que su honorable padre lo maltratara como a Sinn-Hap. Porque ahora que el hermano mayor estaba excluido de la familia, era él, Sinn-Tek, quien ocupaba el primer rango.

La casa de los misioneros era apacible y acogedora. Sinn-Hap tenía buenas noticias. El padre de su amigo Fan-Tu había prometido darle empleo cuando él estuviera en capacidad de trabajar. Además, muy cerca, habían encontrado una pequeña casa donde la joven pareja podría instalarse con su pequeña Alegría. Sinn-Hap tenía el alma en paz. El señor Studd acababa de hacer un acuerdo con su acreedor, quien aceptó darle un plazo para el pago de su deuda. Si-Hiang trabajaría en la casa de los misioneros y también ganaría algo de dinero.

La honorable madre escuchó estas noticias con un corazón dividido. Estaba feliz de que su hijo se instalara en la ciudad. Pero la ira de su marido, siempre viva, sería una constante fuente de dificultades y peligros. Inclinandose reverentemente ante la señora Studd, la pobre mujer le presentó un pequeño paquete de arroz y tres monedas, rogándole poner esta ofrenda a los pies de su Dios. La señora Studd le explicó amablemente que su Dios no pedía dones como ese:

–El Señor Jesús se ofreció a sí mismo en sacrificio por nosotros, hermana mía.

–Me gustaría saber más sobre él, continuó lentamente la china. Pero debo guardar todo esto en mi corazón, a causa de mi marido.

De regreso a la casa, dijo a Jade Preciosa:

–¡En verdad su Dios no es como los dioses de la China!

–Honorable madre, exclamó la chica, ¡yo también quiero seguir a su Dios!

La madre no respondió. Su corazón latía muy fuerte al acercarse a su morada. Si su marido descubría el objetivo de su salida...

Y hubiera estado más asustada aún si hubiera sabido que alguien las había seguido hasta la casa de los misioneros...

Encuentros y despedidas

Cuando se acercaban a su hogar, se sobresaltaron al ver a Sinn-Tek surgir repentinamente de un seto y precipitarse hacia ellas:

—¡Honorable madre, hermana mayor! ¡Oh, es terrible! El honorable padre está furioso. Cerró la puerta para que ustedes no entren.

La china comprendió inmediatamente lo que sucedía: su marido se había enterado de su visita a Sinn-Hap y no quería recibirla más. Sin embargo, se apresuró y entró al patio. Pero la puerta de la casa tenía cerrojo. Al interior se escuchaban voces irritadas y el llanto de los niños. La honorable madre temblaba de pies a cabeza. Tocó valientemente la puerta. Entonces se escuchó al honorable padre preguntar con voz ruda:

—¿Quién toca?

—¡Su esposa, honorable marido! La voz de la pobre madre temblaba tanto que apenas se podía reconocer.

—¡Vete, mujer! ¡Vete a casa de los diablos extranjeros! Esta casa no te pertenece más, ni los niños, y yo no soy más tu marido. ¡Vete!

La honorable madre estalló en llanto y se echó a la puerta, golpeándola con sus puños.

Sinn-Tek y su hermana trataron de detenerla, porque sabían lo que sucedería si la puerta se abría.

—¡Vamos, honorable madre... vámonos, no nos quedemos aquí!, suplicaban ellos angustiados.

El alboroto cesó al interior de la casa. ¿Qué había sucedido? ¿Se habrían ido a acostar todos?

De repente la puerta se abrió violentamente y el honorable padre, con el rostro trastornado por la rabia, apareció en el umbral. Agarró a Sinn-Tek, lo metió bruscamente al interior de la casa, y sin mirar a su mujer y a su hija, cerró la puerta de un golpe y le puso el cerrojo.

Las dos mujeres fueron definitivamente rechazadas. Jade Preciosa abrazó a su madre.

—¡Vamos a casa de los misioneros! Ellos son buenos y nos recibirán. Además, Sinn-Hap está allí. ¡Vamos, madre!

La pobre mujer, demasiado afligida para resistir, siguió a Jade Preciosa. Tropezaba a cada paso y, tan pronto como llegó a la puerta de los misioneros, se desplomó. Charles Studd llevó a la desdichada mujer al interior de la casa; su esposa trató de consolarla. Pero la china permanecía muda. Frecuentemente las madres de familia eran despedidas así. Pero ella jamás había pensado que semejante desgracia pudiera alcanzarla.

—Mañana temprano iremos con usted a ver a su marido, dijo la señora Studd. Tal vez en la noche reflexione y se dé cuenta de que la necesita para cocinar el arroz y cuidar a los niños.

La pobre mujer abandonada dio vueltas y vueltas en la cama toda la noche. Solo al amanecer pudo conciliar un poco el sueño. Temprano el señor Studd fue a la casa del honorable padre. Pero ya era demasiado tarde: la casa estaba vacía. El padre, el abuelo, los tíos y los niños se habían ido. Los chinos tienen pocos muebles, y hacer una mudanza es muy sencillo. ¡Así, toda la familia había desaparecido! Cuando el misionero contó su descubrimiento a Jade Preciosa, esta no pareció muy sorprendida.

—Honorable extranjero, ¡mi padre jamás me volvería a recibir en su casa! Yo también quiero seguir al Señor Jesús. Me ocuparé de mi madre.

Durante varios días parecía que los cuidados de su hija serían inútiles. La infeliz madre estaba tan enferma que había pocas esperanzas de que se salvara. Pero una tarde, cuando la señora Studd oraba a su lado, abrió los ojos y murmuró:

—Ese Jesús... quiero conocerlo... ¡Él es bueno!

Los meses pasaron y en la casa de los misioneros cambiaron muchas cosas en lo referente a la familia china. Sinn-Hap, su mujer Si-Hiang, su madre y Jade Preciosa fueron bautizados.

Fan-Tu se consagraba más y más a la evangelización entre su pueblo. Una noticia los llenaba de gozo a todos: pronto se casaría con Jade Preciosa.

Cierto día, cuando salía del local de reuniones, Jade Preciosa vio, a cierta distancia, dos personas a quienes reconoció inmediatamente: Sinn-Tek y Alegre Mañana.

—¡Hermano mío, pequeña hermana, qué bueno volver a verlos!

¡Qué encuentro tan conmovedor! No se habían vuelto a ver desde hacía mucho tiempo. Sinn-Tek anunció sin más preámbulo:

–Hermana mayor, ¡he venido a ofrecerme a Jesús! Escuché su voz que me llamaba. ¿No es extraño?

–No, hermano mayor, esto no debe sorprenderte porque nosotros hemos orado mucho a Dios por ti. Él siempre responde nuestras oraciones.

Sinn-Tek contó lo que había sucedido desde el día en que su padre lo metió a la fuerza al interior de la casa familiar. Esa misma noche se mudaron. El honorable padre consiguió una nueva mujer. Esta aceptó ocuparse de los niños, pero no de Alegre Mañana, lo cual hizo que Sinn-Tek decidiera llevarla consigo.

–Vengan a ver a la honorable madre, les dijo Jade Preciosa. ¡Será un día maravilloso para ella!

Apenas los vio, la honorable madre corrió, abrió sus brazos y estrechó contra su corazón a sus amados hijos.

Los años pasaron. Cuatro niñas alegraban el hogar misionero. Pero ese día los amigos chinos, especialmente Jade Preciosa y Si-Hiang, estaban muy tristes: la familia Studd se iría de la China. Charles Studd había estado gravemente enfermo, a punto de morir, y debía regresar a Inglaterra. Todos los cristianos reunidos para despedir a sus queridos misioneros sabían que no verían más esos rostros amigos, hasta el día en que se encuentren todos en la “casa del Padre”.

Para facilitarles el viaje, Sinn-Hap, Sinn-Tek, Fan-Tu y otros acompañarían a sus amigos hasta el puerto, después de lo cual regresarían para continuar la obra comenzada junto a sus compatriotas. Jade Preciosa, ahora la esposa de Fan-Tu, hubiera deseado ir con ellos, pero debía ocuparse de sus dos pequeños hijos y de su madre.

Cuando todo estuvo listo, los obreros cargaron el equipaje. El momento de la partida llegó. Los queridos amigos se dijeron adiós, luego se separaron con los ojos llenos de lágrimas y el corazón afligido, pero lleno de agradecimiento.

–¡Cuán sola estará la casa ahora que ellos se fueron!, suspiró Jade Preciosa.

–Sí, respondió Si-Hiang, pero nos queda un Amigo, Jesús nuestro Salvador, quien siempre estará con nosotros.

Charles Studd (1860-1931)

Charles Studd nació en Spratton, Inglaterra en el año 1860. Estudió en el colegio de Eton. Durante ese período se consagró enteramente al críquet y tuvo mucho éxito. Admitido en el equipo nacional, participó en competencias internacionales.

A través de ese juego aprendió la valentía, el olvido de sí mismo y la resistencia. Todas esas cualidades le fueron muy útiles cuando se puso al servicio de Cristo. Así como se entregó al críquet, así se consagró enteramente a su Salvador cuando emprendió el servicio en la China, en India y por último en África Central.

El día en que el Señor entró en su corazón, Charles descubrió que acababa de recibir algo infinitamente mejor que el críquet. Decidió vivir por la fe, y pronto tuvo la certeza de que Dios le pedía que se fuera a la China.

Fue a ver a Hudson Taylor y se enroló en la «Misión al interior de la China».

Se embarcó rumbo a la China en el año 1885. Tres meses más tarde tenía la apariencia de un chino: llevaba una trenza, un vestido y un kimono de mangas largas. Tuvo mucha dificultad para encontrar zapatos, porque los chinos tienen pies pequeños. El primer zapatero que encontró huyó cuando vio cuán grandes eran sus pies.

La vida en China era muy dura: los viajes eran largos y difíciles, el alimento poco variado. Los misioneros se enfermaban con mucha frecuencia.

A la edad de 25 años, Charles Studd heredó una suma de dinero considerable. Distribuyó todo y no guardó nada para sí. En 1887 encontró a una joven misionera irlandesa llamada Priscilla Stewart. Poco tiempo después se casaron y juntos decidieron nunca impedir al otro servir al Señor.

Partieron al interior de la China, acompañados por una amiga de Priscilla, la señorita Burroughs. Para los chinos, ellos eran los «diablos extranjeros». Los insultaban y los culpaban de todas las desgracias que sucedían en la ciudad. Su primera vivienda fue una casa en ruinas infectada de escorpiones, sin embargo perseveraron y Dios proveyó a sus necesidades. Pronto cuatro niñas llegaron a alegrar su hogar. Las recibieron con gozo, para gran sorpresa de los chinos que no dejaban vivir a todas las niñas que nacían.

La familia Studd pasó diez años en China. Luego volvieron a Inglaterra enfermos y muy debilitados. De 1900 a 1906 estuvieron en la India, animados por la «Sociedad anglo-hindú de evangelización». Charles Studd decidió depender siempre de Dios para sus necesidades, aunque aceptó una indemnización de la Sociedad. Cuando regresó a Inglaterra, sus hijas estudiaron en un colegio del país.

Mientras Charles Studd esperaba, con la perspectiva de volver a la India, tuvo la certeza de que Dios lo llamaba a servirle en África. Pero, ¿cómo hacerlo? No tenía dinero, y a la edad de cincuenta años, después de quince años de enfermedad, ¿cómo podría soportar semejante viaje en condiciones climáticas tan difíciles? En China había invertido toda su fortuna, ahora invertiría su vida misma.

Se embarcó la primera vez el 15 de diciembre de 1910. Su esposa se quedó en Inglaterra; ella no aprobaba esta decisión. Él le escribió varias y largas cartas para alegrarla, consolarla y animarla. Más tarde, y gracias a esta correspondencia, ella se convenció del llamado de su marido. Con su fiel compañero Alfred Buxton, Charles Studd atravesó Kenya y Uganda para llegar al Congo belga. La presencia de cocodrilos y de caníbales no los desanimó. Al final de un viaje difícil, llegaron al corazón de África.

Volvió a Inglaterra en 1914, para enrolar nuevos misioneros. Luego, dos años más tarde, se marchó nuevamente, no sospechando que este era su último adiós a Inglaterra. En 1928 Priscilla Studd pudo ir a África. Pasó dos cortas semanas con su marido. No se habían visto desde hacía trece años. Algunos meses más tarde, el Señor lo llevaría junto a él.

Antes de partir con el Señor, en 1931, Charles Studd pudo entrever la realización de uno de sus más grandes deseos: La iglesia indígena tomaba consciencia de su vocación misionera.

Lista de los nombres

Jade Preciosa: niña china, personaje principal

Familia de Jade Preciosa

honorable padre, honorable madre, honorable abuelo

Sinn-Tek: hermano preferido de Jade Preciosa

Sinn-Hap: hermano mayor de Jade Preciosa

Sinn-Chang: hermano menor de Jade Preciosa

Sinn-Wung: hermano menor de Jade Preciosa

Alegre Mañana: hermana menor de Jade Preciosa

Si-Hiang: esposa de Sinn-Hap

Fan-Tu: amigo de Sinn-Hap

Fan-Si: padre de Fan-Tu

Sr. Sinn-Wong: dueño de la casa encantada

Charles Studd y

su esposa Priscilla: misioneros de Inglaterra, llamados «diablos extranjeros» por los chinos

Srta. Burroughs: amiga misionera de la familia Studd